

Situación sociodemográfica*

La variación del volumen, estructura y distribución espacial de la población, originada en los cambios temporales en la fecundidad, la mortalidad y la migración, esto es, la esencia misma del campo de estudio de la Demografía, fluctúa no sólo entre países, sino también entre comunidades específicas dentro de una misma nación.

Los grupos indígenas de México son el mejor ejemplo de esa diversidad de comportamientos demográficos en un país: la gama de situaciones es evidente tanto al compararlas con la población no indígena, como al hacerlo entre los diferentes pueblos autóctonos (Fernández: 2009; Partida: 2005).

La conducta demográfica difiere entre las comunidades debido a la idiosincrasia, la división social del trabajo, el tamaño de la familia para garantizar la supervivencia del arreglo doméstico, la penetración de la modernización -no sólo tecnológica, sino también conductual (medicina preventiva y curativa, práctica anticonceptiva, etc.)-, la expansión de los medios de comunicación masiva y de las redes sociales, entre otros.

Los estudios demográficos suponen, implícitamente, que todos los miembros de un grupo social determinado —separados por edad y sexo— son homogéneos, es decir, comparten el mismo riesgo de fallecer, procrear o desplazarse territorialmente. Del trabajo antropológico sabemos, con una precisión razonable, que cada pueblo indígena posee una idiosincrasia y organización social propias, que influyen decididamente en su comportamiento demográfico; sin embargo, por lo general, representan estudios de caso que difícilmente cubren la variedad de situaciones, a veces incluso dentro de la misma etnia.

En el extremo opuesto se tienen los censos de población y las encuestas de hogares por muestreo que, aunque cubren íntegro el espectro de realidades, ofrecen apenas una aproximación cruda de los pueblos indígenas, pues la información recolectada es la mínima aceptable para identificar y diferenciar a las comunidades autóctonas.



Este capítulo se circunscribe en la segunda alternativa, dados los requerimientos estadísticos para inspeccionar las tendencias demográficas de la población indígena del Estado de Michoacán de Ocampo (en lo sucesivo Michoacán) durante el periodo 1990-2010. Además del uso de los recuentos poblacionales y las estadísticas vitales, se echa mano de las estimaciones recientes de la Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE, 2011), con el fin de corregir la presumible sub enumeración de habitantes en los censos y conteos de población.

Con base en los datos disponibles, ofrecemos estimaciones de la fecundidad, la mortalidad y la migración interna de las principales etnias de Michoacán, una revisión de la estructura por edad y la distribución territorial de sus miembros, y una aproximación de su organización familiar mediante la tipología de hogares. Todas las estimaciones se refieren a *hogares indígenas*, concepto que precisamos en el acápite siguiente; y la mayoría de las estimaciones se extienden también a los hablantes de una lengua vernácula.

Después de revisar los conceptos censales que nos permiten diferenciar a la población indígena del resto de los habitantes de Michoacán, los demás acápites del capítulo se dedican a la estructura y distribución de las comunidades autóctonas y a sus variables demográficas.

Población objeto de estudio

Son múltiples las aristas que se deben tener en cuenta para caracterizar a un grupo de personas relativamente homogéneo, como lo puede ser un pueblo o comunidad indígena. La dificultad de captar todos los rasgos necesarios, para caracterizar a ese conjunto de individuos, escapa a las posibilidades de un censo de población, porque compiten con la amplia gama de peticiones de información de diversos sectores públicos, privados y académicos, para fines distintos a la caracterización de las etnias originarias de México.

Tradicionalmente, se ha asimilado la población indígena a aquellas personas que hablan una lengua vernácula. La pregunta ha sido incluida en los trece censos modernos (1895-2010) y en los dos conteos de población (1995 y 2005). En el pasado hubo intentos de recolectar información adicional como la raza en el recuento de 1921 o vestuario y alimentación en 1950, “pensando que estas variables podrían ayudar a identificar a los indios” (Valdés, 1989: 31); en



años recientes, en el cuestionario ampliado (muestra de 10%) de los censos de población de 2000 y 2010, se incluyó la pregunta si el individuo se consideraba indígena y en el segundo, además, si ego entendía una lengua autóctona sin hablarla. Estos conceptos han permitido, desde luego, ampliar y, sobre todo, precisar el monto de la población indígena; aunque es justo reconocer que aún necesitamos más elementos —sobre todo aquellos que atienden a los usos y costumbres— para hacer una contabilidad más fidedigna de las comunidades autóctonas.

Con el fin de hacer comparable la información recabada en los censos de población de 1990, 2000 y 2010, y los conteos de población de 1995 y 2005, y bajo una perspectiva *tradicional*, el primer conjunto de individuos, considerado aquí, es el de aquéllos que reconocen, o un tercero reconoce por ellos, hablar una lengua indígena. Para los censos de 2000 y 2010, como una contabilidad alternativa, se agregan quienes se consideran parte de un grupo indígena y, sólo en 2010, si entienden la lengua autóctona sin hablarla.

Un segundo conjunto lo derivamos del criterio de *hogar indígena*, y se refiere a los miembros de arreglos domésticos donde algunos de ellos declaran hablar la lengua, entenderla o adscribirse a un grupo indígena. Las personas consideradas para considerar un hogar como indígena son el jefe, su cónyuge, ascendentes (padres, abuelos, bisabuelos o suegros del jefe) o colaterales (hermanos, cuñados o consuegros). Si el hablante, que entiende la lengua o se adscribe como indígena es otro miembro del hogar —pariente o no del jefe— se considera sólo a ella o a él como población indígena, pero no al resto de los miembros de la unidad doméstica. En un hogar indígena se incluye a todos sus miembros, incluido el servicio doméstico. En el caso de viviendas colectivas, sólo se incluyen a quienes hablan la lengua, la entienden o dicen pertenecer a una cultura indígena (el concepto de hogar indígena, eligiendo distintos parentescos para su formación, ha sido adoptado por Partida y Solís (1998), Corona y Tuirán (2001), Fernández et al (2002) y Partida (2005), entre otros).

En el criterio seguido para la condición de habla, se da prioridad a la lengua del jefe; si no es hablante, la del cónyuge; y, si ambos no hablan alguna lengua indígena, se asigna la lengua que habla el mayor número de ascendentes y colaterales del jefe. Debido a que no se preguntó la cultura autóctona específica a que se pertenece en los censos de 2000 y 2010, ni se definió la lengua que no habla a quien la entiende en 2010, no se puede distinguir por lengua o cultura la



formación de hogares cuando se agregan esas características, sino sólo nos podemos referir al total de indígenas del estado. Así, un hogar indígena, adicional al criterio de hablantes, es aquel donde el jefe, cónyuge, ascendentes o colaterales no hablan lengua indígena alguna, pero se consideran parte de un grupo indígena o reconocen entender una lengua.

Finalmente, cabe mencionar que en el conteo de 1995 no se preguntó por el parentesco de las personas con respecto al jefe, con lo cual, los hogares indígenas se construyeron sólo a partir de la condición de habla del jefe, quien presumiblemente fue la primera persona listada en el hogar.

El volumen, la distribución territorial y la estructura por edad

Las lenguas predominantes

A mediados de 2010, en Michoacán, casi 141 mil residentes hablaban alguna lengua originaria de nuestro país. Si bien numerosos, esos hablantes representaban apenas 3.5% de la población total del estado; una fracción que se han mantenido aproximadamente constante en los pasados veinte años, como se puede constatar en el cuadro 1.

Cuadro 1. Michoacán: Población a mitad de año que habla lengua indígena o pertenece a una cultura autóctona, 1990-2010

Lengua o pertenencia	Población					Distribución porcentual				
	1990	1995	2000	2005	2010	1990	1995	2000	2005	2010
Personal										
Michoacán^a	3 205 034	3 429 805	3 562 303	3 628 786	4 108 959	100. 0	100. 0	100. 0	100. 0	100. 0
Habla lengua indígena	111 447	110 553	125 134	117 534	142 793	3.5	3.2	3.5	3.2	3.5
No habla lengua indígena	3 093 587	3 319 252	3 437 169	3 511 252	3 966 166	96.5	96.8	96.5	96.8	96.5
Pertenece a una cultura indígena			178 235		588 705			5.0		14.3
No pertenece a una cultura indígena			3 384 068		3 520 254			95.0		85.7
Habla lengua indígena:	111 447	110 553	125 134	117 534	142 793	100. 0	100. 0	100. 0	100. 0	100. 0
Purépecha	91 899	100 944	112 293	100 713	118 861	82.5	91.3	89.7	85.7	83.2
Náhuatl	2 955	2 843	4 834	4 161	9 299	2.7	2.6	3.9	3.5	6.5
Mazahua	3 178	3 975	4 464	3 603	5 507	2.9	3.6	3.6	3.1	3.9



Lengua o pertenencia	Población					Distribución porcentual				
	1990	1995	2000	2005	2010	1990	1995	2000	2005	2010
Otomí	579	643	756	498	601	0.5	0.6	0.6	0.4	0.4
Otra lengua	12 836	2 148	2 787	8 559	8 525	11.5	1.9	2.2	7.3	6.0
Hogar										
Michoacán	3 724	3 948	4 049	4 071	4 385	100.	100.	100.	100.	100.
	829	660	558	975	169	0	0	0	0	0
Hogar indígena por habla	184 775	171 772	204 643	186 612	211 421	5.0	4.4	5.1	4.6	4.9
Hogar no indígena por habla	3 540	3 776	3 844	3 885	4 173	95.0	95.6	94.9	95.4	95.1
	054	888	915	363	748					
Hogar indígena por habla o pertenencia			268 934		756 751			6.6		17.3
Hogar no indígena por habla o pertenencia			3 780		3 628			93.4		82.7
			624		418					
Hogar indígena por lengua dominante:^c	184 775	171 772	204 643	186 612	211 421	100.	100.	100.	100.	100.0
						0	0	0	0	
Purépecha	144 539	151 557	176 094	149 238	169 269	78.2	88.2	86.0	80.0	80.1
Náhuatl	5 328	4 469	8344	6 470	14 742	2.9	2.6	4.1	3.5	7.0
Mazahua	7 704	9 694	11 183	9 626	11 278	4.2	5.6	5.5	5.2	5.3
Otomí	1 927	1 922	2 509	1 489	1 518	1.0	1.1	1.2	0.8	0.7
Otra lengua	25 277	4 130	6 513	19 789	14 614	13.7	2.4	3.2	10.6	6.9

^a 5 años o más de edad para 1990-2005 y 3 años o más para 2010

^b Habla una lengua o pertenece a una cultura en 2000; habla o entiende una lengua o pertenece a una cultura en 2010.

^c Véase el texto para la formación de hogares.

Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 1990, 2000 y 2010, los conteos de población de 1995 y 2005, y estimaciones de SOMEDE (2011).

Si se adicionan aquellos que, sin hablar la lengua, la entienden o dicen pertenecer a una cultura nativa, la proporción se eleva a 5% en 2000, pero hasta 14.3% ¡más del triple que los meros hablantes! en 2010.

Aquí cabe una aclaración. En el cuestionario ampliado de 2000, primero se preguntó si la persona hablaba lengua indígena, el idioma y si además hablaba español, después el conjunto de 7 preguntas de educación, y finalmente “¿(Nombre) es náhuatl, maya, zapoteco, mixteco o de otro grupo indígena?”, esto es, que entre la capacidad de hablar un idioma nativo y adscribirse a un grupo indígena mediaron las 7 preguntas de educación. En 2010, en cambio, inmediatamente después de los tres ítems correspondientes al habla, se preguntó a



los no hablantes “¿(Nombre) entiende alguna lengua indígena?” y en seguida, a hablantes y no hablantes, “De acuerdo con la cultura de (nombre) ¿ella (él) se considera indígena?”.

La reducción de la edad mínima de 5 a 3 años (véase la nota “a” del cuadro 1) para hacer las preguntas aumenta el monto de hablantes o pertenecientes; sin embargo, no debe afectar mayormente la proporción. En mi opinión, lo que influyó de manera determinante en la mayor enumeración de 2010 fue la ubicación de las preguntas en el cuestionario y no tanto la incorporación de entendedores. En efecto, con base en nuestras estimaciones (basadas en los datos publicados y la muestra pública del censo de 2010 y la corrección por sub enumeración de la Somede), 129 mil de los 143 mil hablantes reconocieron pertenecer a una etnia autóctona y 28 mil de los 33 mil entendedores lo afirmaron, pero hasta 446 mil no hablantes ni entendedores asintieron ser parte de una cultura nativa.

De acuerdo al criterio de hogar, estipulado en el acápite previo, 247 mil personas de 3 años o más de edad pertenecían a hogares indígenas, 168 mil (68%) de ellos hablaban o entendían una lengua nativa y 42 mil (17%) adicionales se consideraban parte de una cultura vernácula; en cambio, en los arreglos domésticos donde el jefe, su cónyuge, ascendentes o colaterales se adscribían a un grupo indígena, pero ninguno hablaba o entendía la lengua, 487 mil de 3 años o más pertenecían a la cultura autóctona, 403 mil asintieron la pertenencia, pero sólo un mil hablaban o entendían el idioma prehispánico.

Desde luego que al insistir en la comprensión sin hablar la lengua, y muy probable también al usar la palabra “cultura” en la pregunta inmediata siguiente, muchas personas y hogares completos se hayan considerado pertenecientes a las etnia. Este esquema, al ser más incluyente, es más adecuado al utilizado en 2000 para cuantificar a la población indígena; sin embargo, conviene hacer la aclaración que, al no ser estrictamente comparables los conceptos utilizados en el cuestionario ampliado de los últimos censos, se puede tener una idea distorsionada del crecimiento de la población indígena de Michoacán, más que de su monto.

Llama la atención la disminución, en los conteos de 1995 y 2005, en la tendencia ascendente en la cuantía de los hablantes. Esto se puede deber al breve cuestionario utilizado y rápido levantamiento del recuento poblacional de 1995; y la gran cantidad

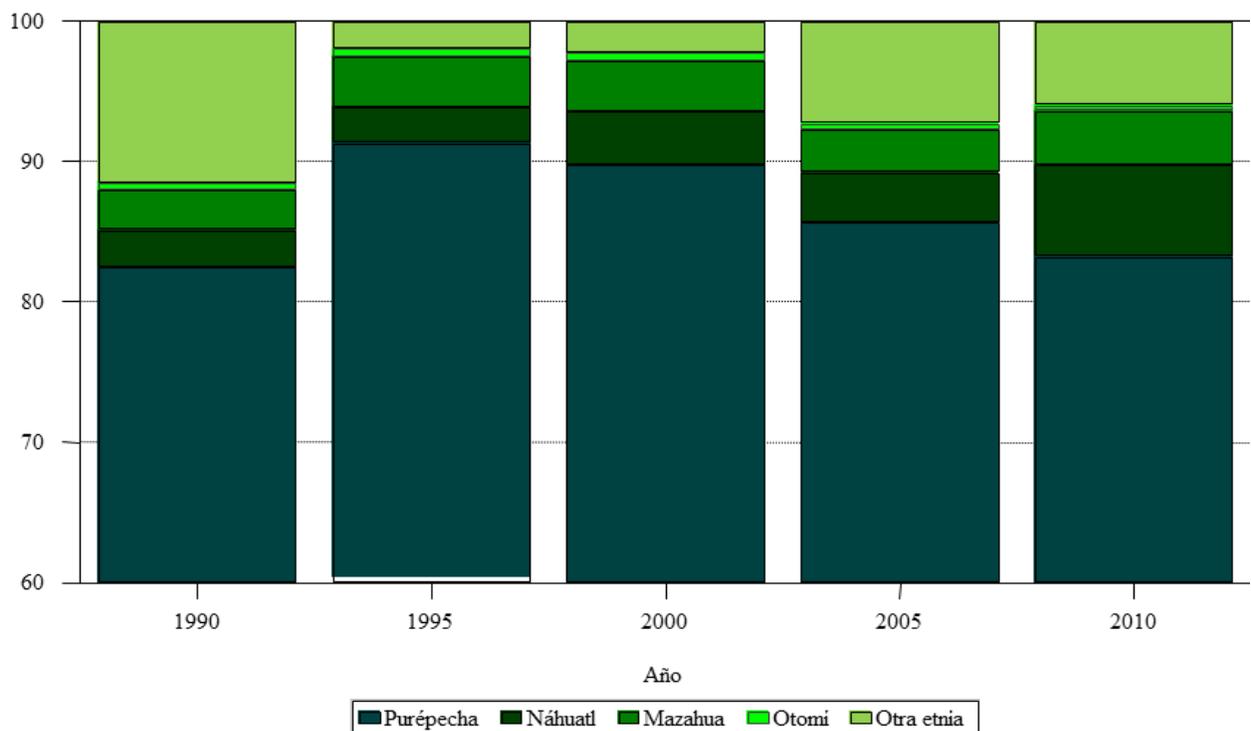


de viviendas pendientes -presumiblemente habitadas que no fue posible entrevistar a sus ocupantes -en 2005.

Un total de 45 lenguas nativas son las habladas en el estado; sin embargo, cuatro son las de uso más frecuente: purépecha, náhuatl, mazahua y otomí; en conjunto, esos cuatro idiomas congregan a 94% de los hablantes, con una clara predominancia del purhépecha o tarasco, etnia cuya ocupación del territorio michoacano se remonta a la época prehispánica. Si bien con tendencia decreciente desde 1995, aún actualmente más de cuatro quintas partes de los hablantes practican el purépecha (cuadro 1 y gráfica 1).

Gráfica 1.

Michoacán: Distribución porcentual de los hablantes de lengua indígena por idioma, 1990-2010.



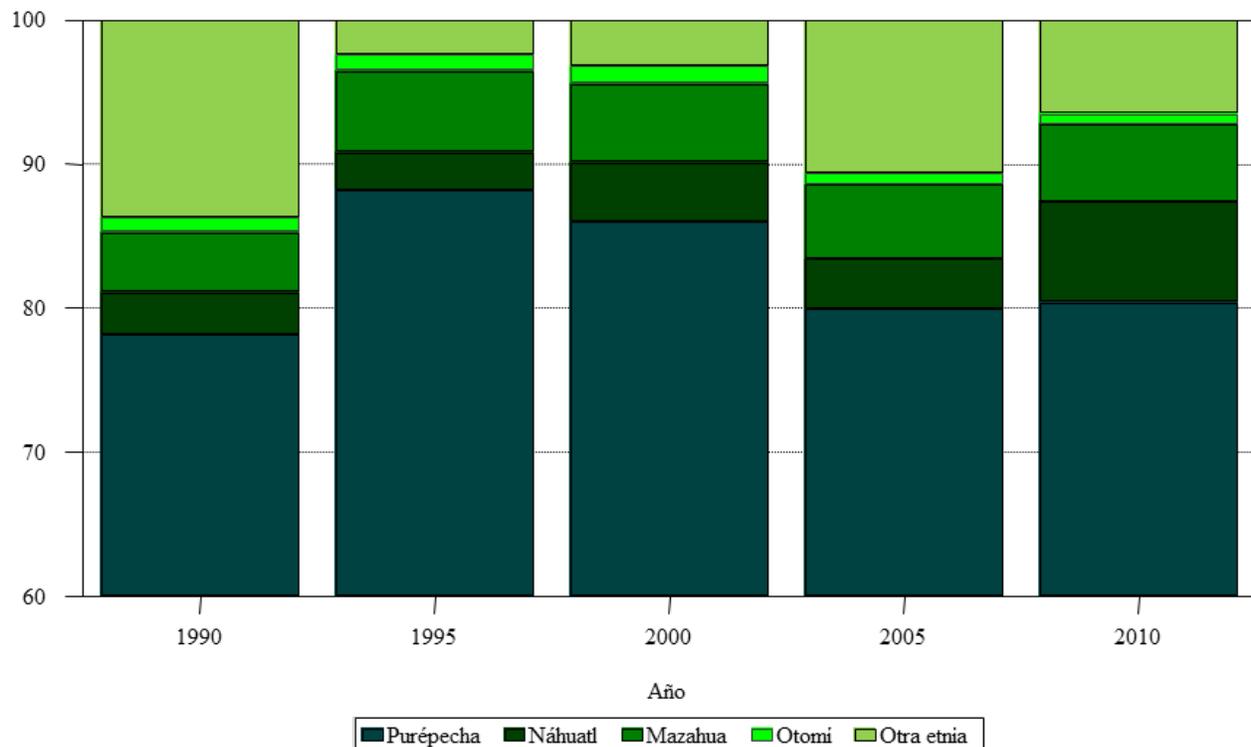
Fuente: Cuadro 1.

Si se consideran los hogares en vez de los hablantes, es evidente el acrecentamiento en el volumen de la población indígena: 65.8% adicional en 1990 (184,775 frente a 111,447), 55.4% en 1995, 63.5% en 2000, 58.8% en 2005 y 50.5% en 2010. En la gráfica 2 y el cuadro 1 se aprecian cambios menores en la distribución de la población al considerar hogares en vez de hablantes.



Gráfica 2.

Michoacán: Distribución porcentual de la población en hogares indígenas por etnia, 1990-2010*.



* Hogares constituidos bajo el criterio de habla del jefe, cónyuge, ascendentes o colaterales.
Fuente. Cuadro 1.

Cuando se introducen los criterios de entendimiento y pertenencia, el acrecentamiento al considerar unidades domésticas en lugar de individuos es mayor que bajo el criterio del habla, pero proporcionalmente menor (21.1% en 2000 y 22.3% en 2010). En cambio, si se comparan los volúmenes de población en hogares indígenas incluidas comprensión y pertenencia con los hablantes puros, el agrandamiento es realmente impresionante: más del doble en 2000 y del quíntuple en 2010. ¡Qué lejos estábamos en el pasado al tratar de contabilizar a la población indígena con el solo número de hablantes! Si nuestros criterios y la información del censo de 2010 son adecuados, se tiene que la población autóctona de Michoacán sería de 760 mil personas a mediados de 2010, quienes representan 12.4% del total de habitantes del estado (4.385 millones).

Es evidente, otra vez, el efecto de los cambios en la forma de captar la pertenencia entre los censos de 2000 y 2010 y agregar el entendimiento en el segundo, pues la pertenencia, con



respecto a la simple habla, acrecienta la población en hogares indígenas en 31.4% en 2000 (de 204,643 a 268,934) y hasta 3.5 veces en 2010 (de 214,892 a 760,222).

Distribución territorial

Sea por constatación directa, sea por referencia, nuestra percepción nos dice que los indígenas generalmente se asientan en áreas rurales, que sus usos y costumbres son más propios de la vida campirana que de la ciudadina. Esta sospecha se confirma en el cuadro 2 y la gráfica 3, donde sólo consideramos la contabilidad bajo el criterio de hogar, ya que se ajusta mejor a los asentamientos indígenas que la sola atención al habla. Se advierte que, durante los dos decenios considerados, más de 80% de los indígenas viven en localidades no urbanas (menos de 15,000 habitantes) y casi una tercera parte habita el medio rural (menos de 2,500 habitantes); en cambio, menos de uno de cada diez reside en los tres centros urbanos más poblados de Michoacán: la ciudad de Uruapan y las zonas metropolitanas de Zamora-Jacona y Morelia-Tarímbaro.

Cuadro 2. Michoacán: Población a mitad de año en hogares indígenas por tamaño de la localidad de residencia, 1990-2010

Etnia y año	Número de habitantes en la localidad					
	Total	1 a 2,499	2,500 a 14,999	15,000 a 49,999	50,000 a 99,999	100,000 o más
Población en hogares indígenas (lengua)						
1990	184 775	66 520	93 225	4 833	3 883	16 314
1995	171 772	65 118	83 191	6 453	2 962	14 048
2000	204 643	72 672	97 714	9 455	5 843	18 959
2005	186 612	66 450	90 677	5 993	6 607	16 885
2010	211 421	68 792	105 661	7 964	8 354	20 650
Distribución territorial de la población en hogares indígenas						
1990	100.0	36.0	50.5	2.6	2.1	8.8
1995	100.0	37.9	48.4	3.8	1.7	8.2
2000	100.0	35.5	47.7	4.6	2.9	9.3
2005	100.0	35.6	48.6	3.2	3.5	9.0
2010	100.0	32.5	50.0	3.8	4.0	9.8
Población en hogares purépechas						
1990	144 539	47 785	82 431	2 432	923	10 968
1995	151 557	51 621	81 181	5 523	1 047	12 185
2000	176 094	56 561	94 337	7 279	2 297	15 620
2005	149 238	47 956	85 887	3 420	2 342	9 633



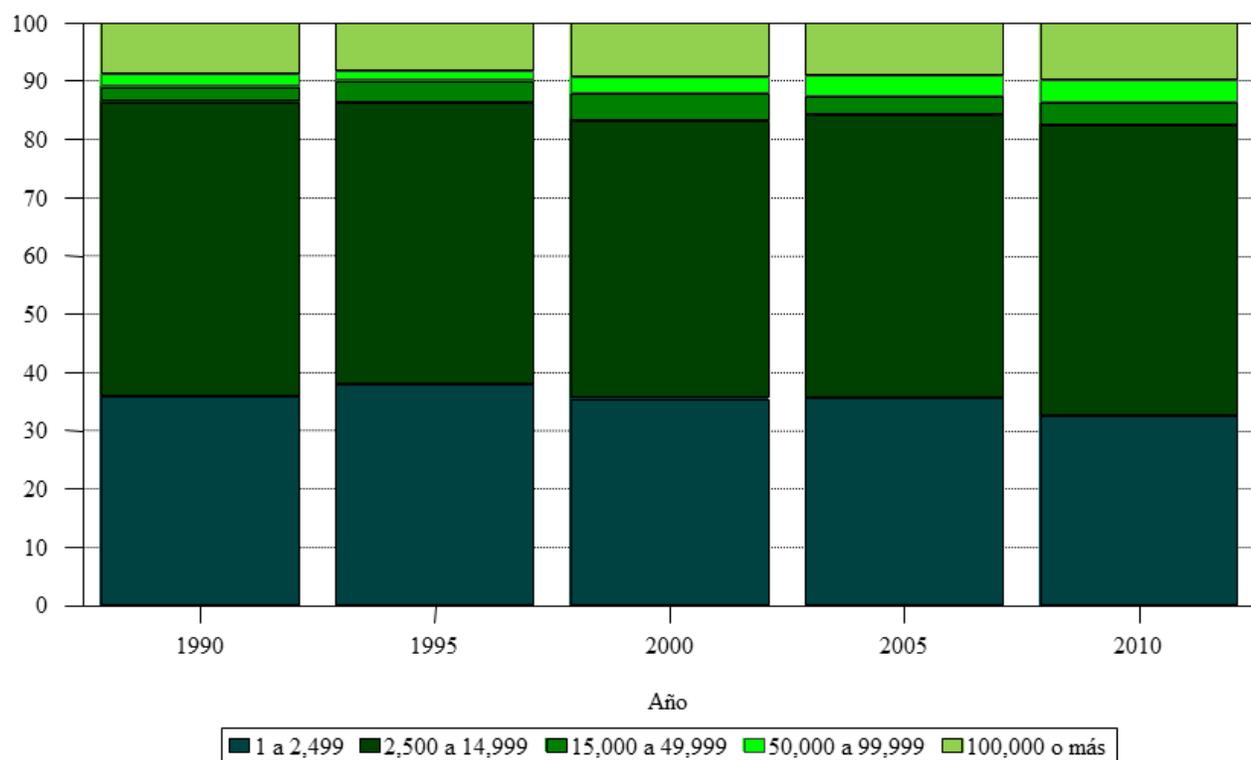
Etnia y año	Número de habitantes en la localidad					
	Total	1 a 2,499	2,500 a 14,999	15,000 a 49,999	50,000 a 99,999	100,000 o más
2010	169 269	46 349	100 167	4 757	3 975	14 021
Distribución territorial de la población en hogares purépechas						
1990	100.0	33.1	57.0	1.7	0.6	7.6
1995	100.0	34.1	53.6	3.6	0.7	8.0
2000	100.0	32.1	53.6	4.1	1.3	8.9
2005	100.0	32.1	57.6	2.3	1.6	6.5
2010	100.0	27.4	59.2	2.8	2.3	8.3
Población en otros hogares indígenas						
1990	40 236	18 735	10 794	2 401	2 960	5 346
1995	20 215	13 497	2 010	930	1 915	1 863
2000	28 549	16 111	3 377	2 176	3 546	3 339
2005	37 374	18 494	4 790	2 573	4 265	7 252
2010	42 152	22 443	5 494	3 207	4 379	6 629
Distribución territorial de la población en otros hogares indígenas						
1990	100.0	46.6	26.8	6.0	7.4	13.3
1995	100.0	66.8	9.9	4.6	9.5	9.2
2000	100.0	56.4	11.8	7.6	12.4	11.7
2005	100.0	49.5	12.8	6.9	11.4	19.4
2010	100.0	53.2	13.0	7.6	10.4	15.7
Población en hogares indígenas (lengua, pertenencia y entendimiento)						
2000	268 934	90 307	121 526	11 140	11 178	34 783
2010	756 751	245 128	246 537	46 026	74 890	144 170
Distribución territorial de la población en hogares indígenas						
2000	100.0	33.6	45.2	4.1	4.2	12.9
2010	100.0	32.4	32.6	6.1	9.9	19.1

Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 1990, 2000 y 2010, los conteos de población de 1995 y 2005 y estimaciones de Somede (2011)



Gráfica 3.

Michoacán: Distribución porcentual de la población en hogares indígenas por tamaño de la localidad, 1990-2010*.



Hogares constituidos bajo el criterio de habla del jefe, cónyuge, ascendentes o colaterales.
Fuente: Cuadro 2.

Los purépechas, por mucho la etnia mayoritaria, se concentra aún más en localidades no urbanas, superando 85% del total en los cinco años, casi 90% en 1990. El conjunto del resto de los indígenas exhiben un patrón de poblamiento más urbano, aunque la predominancia en asentamientos rurales y mixtos (2,500 a 14,999 habitantes) se mantiene.

Si además del habla se incorporara la pertenencia y el entendimiento, el escenario es marcadamente distinto, ya que ahora casi un cuarto de los indígenas en 2000 y más de un quinto en 2010 viven en los tres centros urbanos más grandes de Michoacán, aunque más de la mitad se sigue concentrando en las localidades no urbanas.

La estructura por edad

El abatimiento progresivo de las enfermedades infecciosas y parasitarias, y la mejora general de la salud, se han traducido en un alargamiento de la vida; por otro lado, la disminución constante de la fecundidad, a raíz de la nueva política de población adoptada por México a

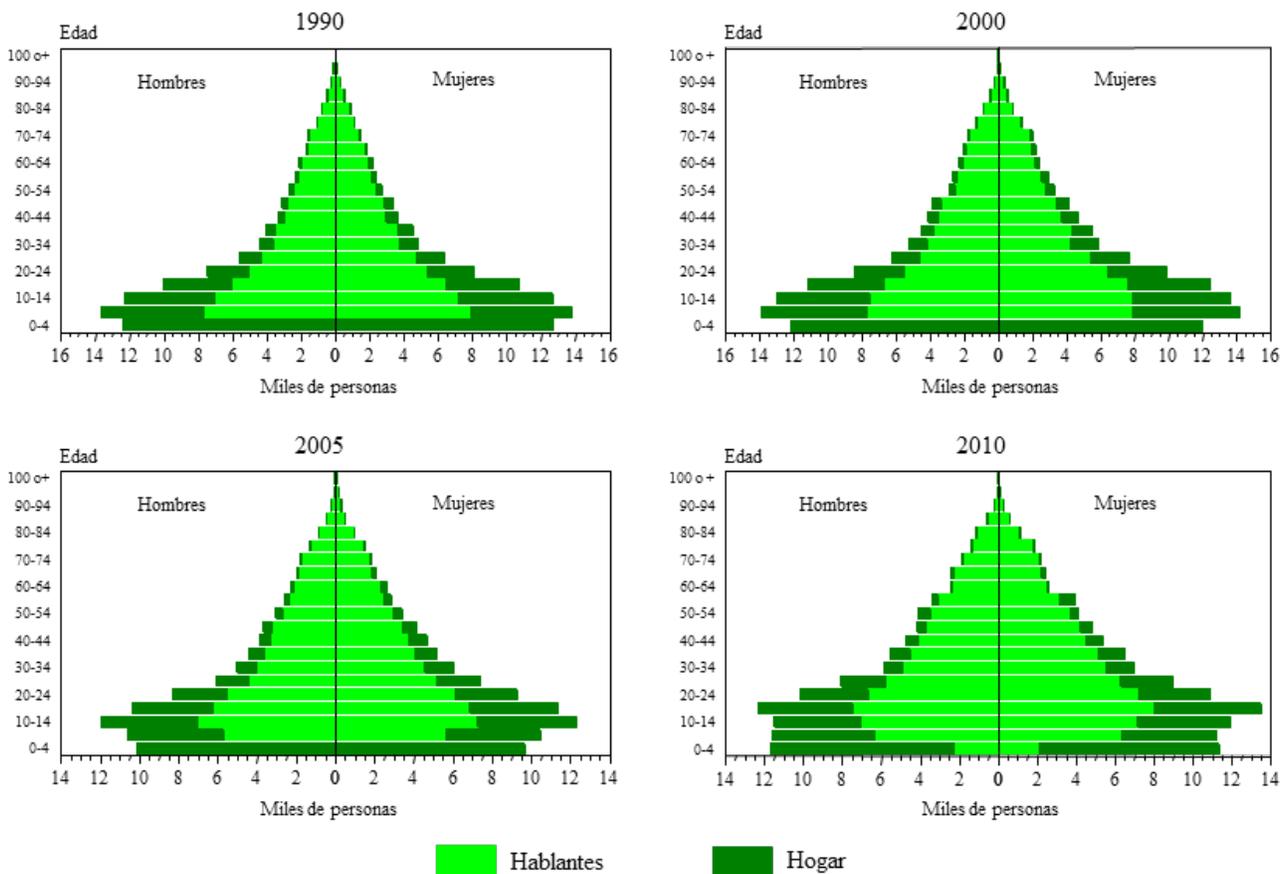


mediados de los años setenta del siglo pasado, han ido delineando una composición por edad cada vez más envejecida de los habitantes del país, esto es, una presencia cada vez mayor de adultos maduros y adultos mayores, y menor de niños, adolescentes y jóvenes.

La población indígena no escapa a este proceso, con menor rapidez que el resto de la población, como se puede ver en la secuencia de pirámides de edades de la gráfica 4. En el perfil de las personas que forman parte de hogares indígenas (sólo por habla de sus miembros), se advierte un angostamiento gradual de la base, y hacia 2010 una presencia importante de jóvenes de ambos sexos de 15 a 24 años.

Gráfica 4.

Michoacán: Pirámides de población de hablantes y miembros de hogares indígenas, 1990-2010*



Una realidad, algo triste, que se ve en las pirámides de edades de la gráfica 4, es la evidente pérdida intergeneracional de la lengua materna: la diferencia entre las barras claras (habla de lengua autóctona) y las barras oscuras (miembros de hogares indígenas) da cuenta de la merma en la práctica del idioma nativo; un hecho más marcado en los niños, adolescentes y



jóvenes, que en las personas de mayor edad. El acrecentamiento de la pérdida de la lengua materna, conforme disminuye la edad, indica que el proceso se ha venido acentuando conforme pasa el tiempo y que, probablemente, la decencia de quienes ahora entienden el idioma, pero no lo hablan, termine por no comprenderlo en el futuro cercano.

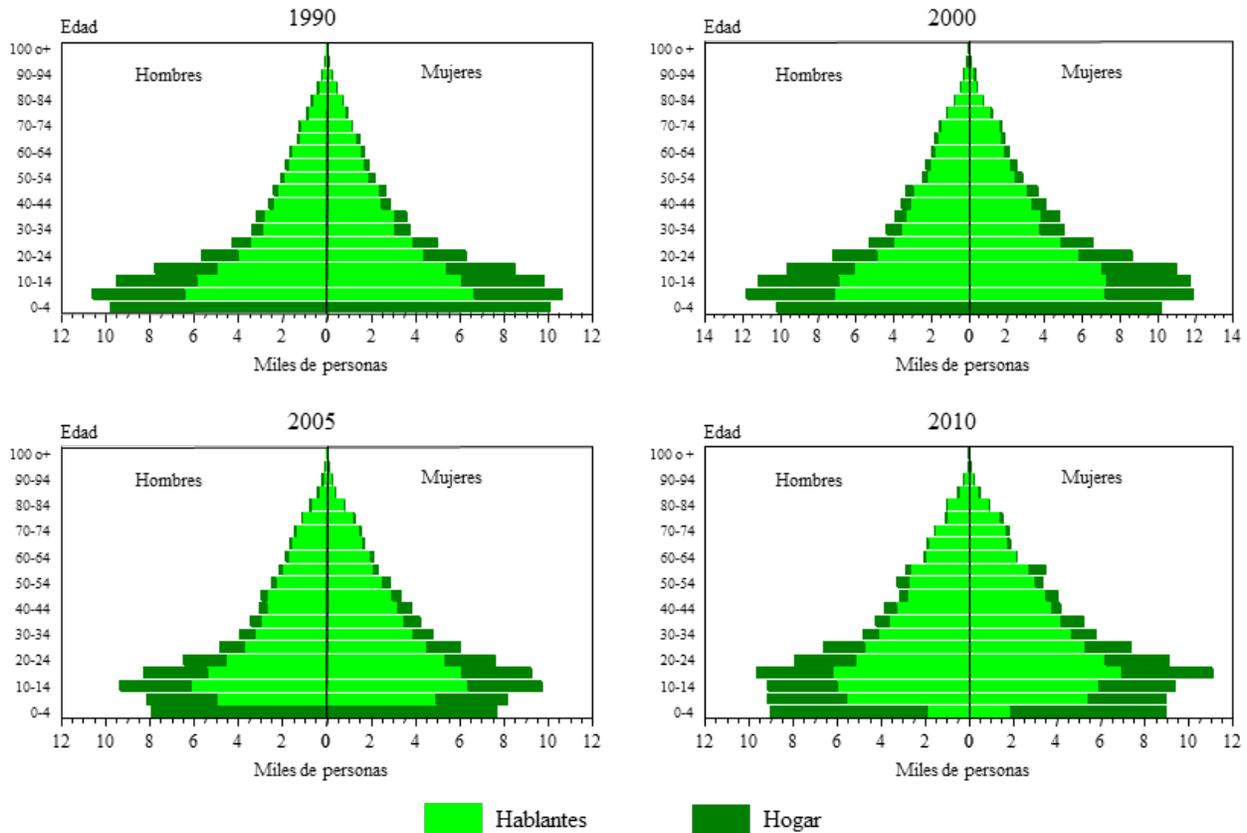
Si consideramos a los individuos de 5 años o más de 1990 a 2005 y de 3 o más en 2010, cerca de 30% de los miembros de hogares indígenas no hablan la lengua nativa, proporción un poco mayor entre las mujeres; sin embargo, si incluimos a pertenecientes y entendedores, la fracción aumenta a más de 45% en 2000 y hasta 80% en 2010. Se aprecia que los indígenas de Michoacán hablan el castellano cada vez más y van perdiendo el idioma originario de sus ancestros.

El cambio en la composición etaria de los indígenas de Michoacán descansa en gran medida en la evolución demográfica de los purhépechas, la etnia ampliamente dominante, como se puede ver en la gráfica 5. No obstante, la proporción de quienes no hablan el idioma en el hogar disminuye a cerca de la cuarta parte de los miembros de la unidad doméstica, y nuevamente se observa una fracción mayor entre las mujeres.



Gráfica 5.

Michoacán: Pirámides de población de hablantes de purépecha y miembros de hogares purépechas, 1990-2010*.



*Hogares constituidos bajo el criterio de habla del jefe, cónyuge, ascendentes o colaterales.
Fuente: Elaboración propia con base en los censos y los conteos de población 1990-2010

En el cuadro 3 se presentan cuatro indicadores sintéticos de la composición etaria de los habitantes de Michoacán. La tendencia claramente ascendente en las edades media y mediana y del índice de envejecimiento apunta al progresivo proceso de envejecimiento de quienes pertenecen a hogares indígenas y no indígenas.

Cuadro 3. Michoacán: Indicadores resumen de la estructura por edad, 1990-2010

Etnia e indicador	1990	1995	2000	2005	2010
Edad media					
Michoacán	24.8	25.7	26.8	28.2	29.3
Hogar indígena	25.2	26.0	26.3	27.7	28.2
Purépecha	25.4	26.1	26.5	28.1	28.5
Náhuatl	24.8	24.4	23.8	25.3	25.0



Etnia e indicador	1990	1995	2000	2005	2010
Mazahua	24.4	25.3	25.8	26.3	27.9
Otomí	28.8	29.1	28.4	31.4	29.7
Otra lengua	24.2	25.1	23.7	26.1	27.3
Hogar no indígena	24.8	25.7	26.8	28.3	29.4
Pertenece (o entiende)			25.6		28.4
No pertenece			26.9		29.5

Edad mediana

Michoacán	18.9	20.2	21.6	23.4	25.0
Hogar indígena	18.4	19.5	19.9	21.7	22.7
Purépecha	18.5	19.6	20.1	22.0	23.0
Náhuatl	18.4	18.4	18.0	20.1	19.6
Mazahua	17.0	17.2	17.5	18.9	20.6
Otomí	20.8	21.2	21.3	24.4	24.4
Otra lengua	18.2	20.7	20.9	21.0	22.6
Hogar no indígena	18.9	20.3	21.7	23.5	25.1
Pertenece (o entiende)			19.5		23.5
No pertenece			21.8		25.3

Razón de dependencia*

Michoacán	95.6	87.7	82.4	76.3	69.6
Hogar indígena	105.1	97.0	93.1	82.9	73.4
Purépecha	105.5	95.8	92.0	81.8	72.4
Náhuatl	108.9	101.5	98.7	84.8	80.4
Mazahua	119.2	128.9	124.4	107.2	92.3
Otomí	103.1	92.0	91.5	90.4	72.5
Otra lengua	98.1	78.3	72.6	79.7	66.6
Hogar no indígena	95.2	87.3	81.8	76.0	69.4
Pertenece (o entiende)			92.3		71.0
No pertenece			81.7		69.3

Índice de envejecimiento**

Michoacán	20.2	22.2	24.8	29.1	33.1
Hogar indígena	22.0	24.9	24.8	29.7	30.9
Purépecha	22.6	25.2	25.7	31.4	32.4
Náhuatl	21.1	19.0	16.1	20.2	17.9
Mazahua	19.3	23.8	24.1	26.7	30.0
Otomí	38.5	39.1	35.9	51.4	53.0
Otra lengua	18.2	18.3	11.2	21.5	27.1
Hogar no indígena	20.1	22.1	24.8	29.0	33.2
Pertenece (o entiende)			21.8		29.9
No pertenece			25.0		33.7

* Personas de menos de 15 años y 60 o más por cada cien individuos de 15 a 59 años.

** Personas 60 años o más por cada cien individuos de menos de 15 años.

Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 1990, 2000 y 2010, los conteos de población de 1995 y 2005 y estimaciones de SOMEDE (2011)



La pauta a la baja en la razón de dependencia muestra que la población de Michoacán y sus etnias se encuentran en una fase previa al envejecimiento marcado. A esa etapa se le conoce como *bono demográfico o ventana de oportunidad demográfica*, y alude a la oportunidad que ofrece la evolución demográfica para el ahorro y la inversión, dado que los presumibles productores de bienes y servicios (la población en edades laborales de 15 a 59 años), deben transferir menos recursos a un número de dependientes (0 a 14 años y 60 años o más) inferior que en el pasado.

Cabe resaltar la diferente velocidad con que ha disminuido la razón de dependencia entre las cuatro etnias seleccionadas y el resto de los hogares indígenas; sobre todo entre los mazahuas, cuyo aumento en el indicador de 1990 a 1995 señala un retraso en el descenso de su fecundidad, como veremos en el acápite siguiente.

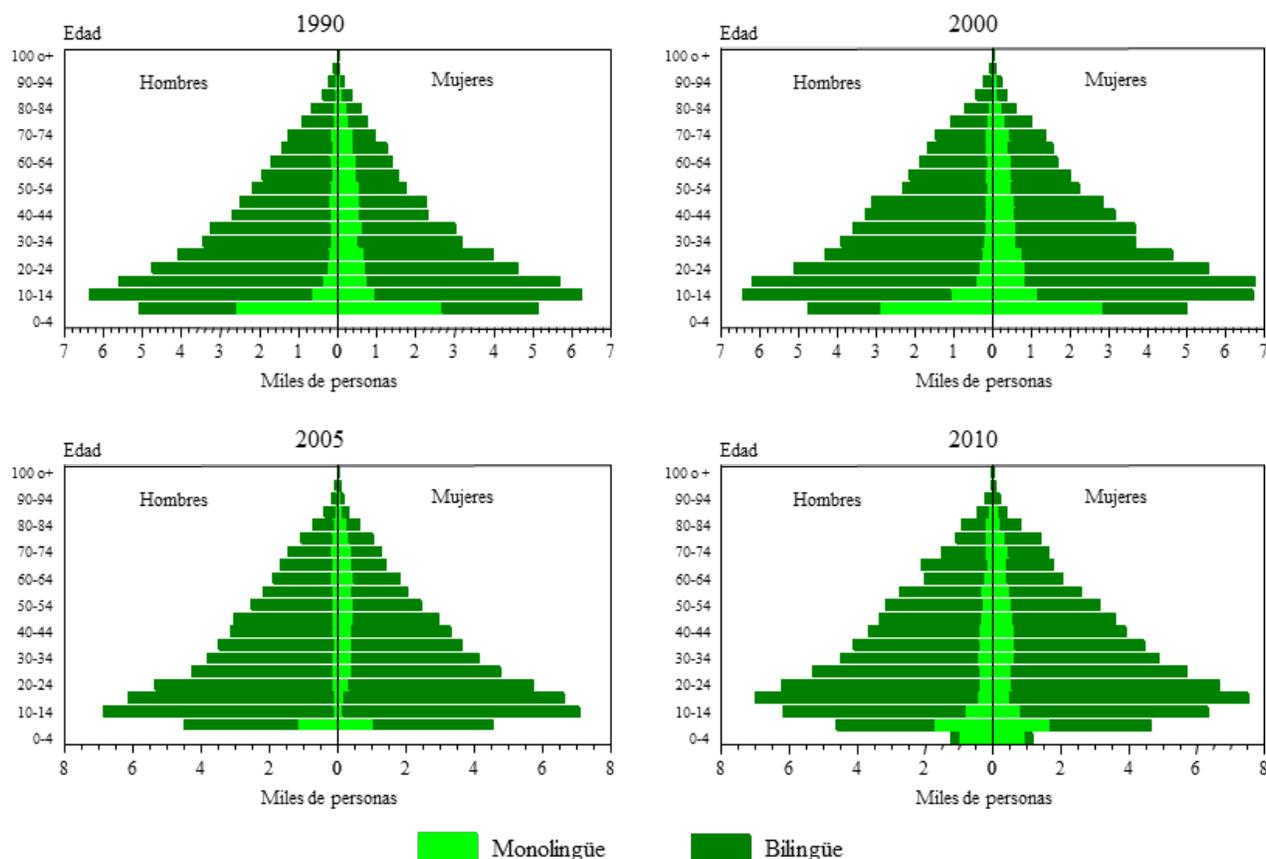
La penetración del español en las comunidades autóctonas, si bien ha propiciado el abandono de la lengua nativa, sobre todo en las generaciones más jóvenes, también ha permitido que se integren al desarrollo social, económico y tecnológico, puedan tener una mayor participación política, y mayores capacidades de progreso personal. Quienes se mantienen hablando sólo la lengua vernácula quedan excluidos de esos beneficios y, muchas veces, quedan segregados incluso dentro de sus comunidades. Al respecto, podemos apuntar que casi 90% de los bilingües del estado de 15 a 39 años de edad saben leer y escribir, capacidad que indudablemente amplía las proyectos de vida de las personas.

En Michoacán, la presencia de monolingüismo indígena es baja, como se puede ver en la secuencia de pirámides de población de la gráfica 6. La mayor proporción en los niños de menos de diez años se debe, seguramente, a que hablan el idioma indígena materno y que apenas están aprendiendo el español en el sistema escolarizado formal. En efecto, casi 82% de los niños de 5 a 9 años que hablan una lengua indígena pero no castellano asisten a la escuela.



Gráfica 6.

Michoacán: Pirámides de población, de la población monolingüe y bilingüe, 1990-2010



Fuente: Elaboración propia con base en los censos y los conteos de población 1990-2010, y estimaciones de SOMEDE (2011).

El crecimiento natural

La fecundidad

Hay evidencia empírica suficiente que, entre los fenómenos demográficos, la fecundidad es el que mejor refleja las distintas conductas de la población, sea atendiendo a la educación, la participación en la actividad económica, la idiosincrasia de los pueblos, sea por legislaciones que restringen el tamaño de la descendencia o políticas encaminadas a reducir el crecimiento demográfico.

Debido a la forma como se recoge la información en el registro civil del nacimiento, por un lado, y a que es más fácil acotar el intervalo fértil femenino que el masculino, por el otro, el comportamiento reproductivo se refiere, casi siempre, a las mujeres en edad fértil, generalmente acotado entre 15 y 50 años para fines de medición demográfica.



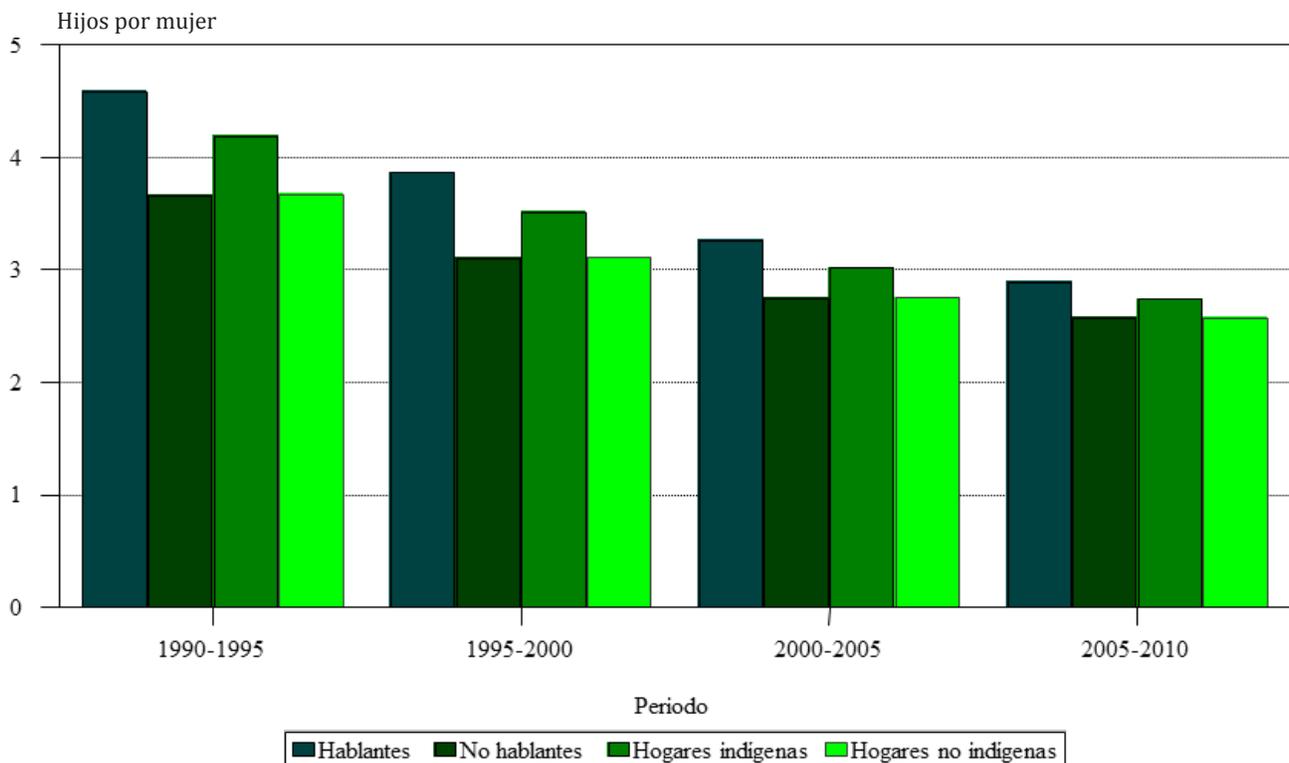
La tasa global de fecundidad (TGF) es la medida que mejor resume la fecundidad por edad. Expresa el promedio de hijos que tendría una mujer al final de su periodo fértil (50 años de edad), si experimentara las tasas de fecundidad de un momento o periodo corto de tiempo, y no estuviera expuesta a morir del nacimiento hasta el término del intervalo fértil.

Se ha podido constatar que los mayores valores de la TGF son de cerca de ocho hijos, nivel asimilado a situaciones extremas con ausencia de cualquier de control natal y un patrón de nupcialidad marcadamente joven.

Las descendencias finales de las mujeres de Michoacán se presentan en la gráfica 7. Se observa un nivel reproductivo mayor en las mujeres indígenas que en su contraparte no indígena, sea por el habla o por el hogar; no obstante, la brecha se ha ido cerrando con el paso del tiempo. Si bien las hablantes redujeron su progenie en 1.69 hijos entre los quinquenios extremos, y las pertenecientes a un hogar indígena en 1.44 en 2005-2010, todavía se encontraban 0.50 y 0.35 hijos, respectivamente, por encima de la media nacional (2.40 hijos).

Gráfica 7.

Michoacán: Tasa global de fecundidad por condición de indigenismo, 1990-2010.



Nota: Los hogares están constituidos bajo el criterio de habla del jefe, cónyuge, ascendentes o colaterales.

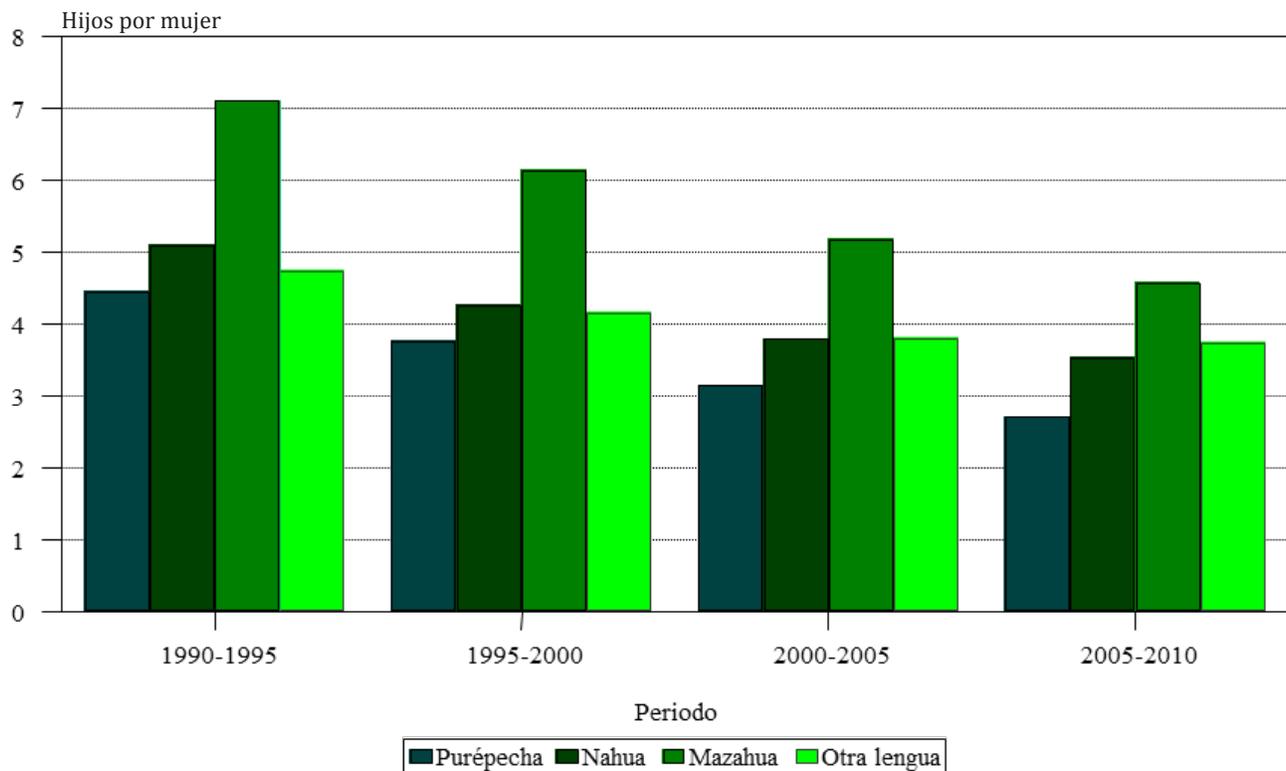
Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 2000 y 2010 y estimaciones de SOMEDE (2011) y el algoritmo de Schmertmann (1999).



Si se distingue la lengua, la discrepancia se magnifica, como se puede ver en la gráfica 8. La alta fecundidad de las hablantes de mazahua destaca, ya que su TGF en 1990-1995 no se encontraba lejos del máximo enunciado arriba y excedía en más de dos hijos a las hablantes de náhuatl —que les siguen en volumen de la descendencia—, y aún en más de uno en el lustro más reciente. Las purhépechas, en cambio, exhiben la menor prole promedio, incluso más de medio hijo por debajo del resto de las hablantes en la que va del presente siglo.

Gráfica 8.

Michoacán: Tasa global de fecundidad para mujeres hablantes de ciertas lenguas indígenas, 1990-2010.



Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 2000 y 2010 y estimaciones de SOMEDE (2011) y el algoritmo de Schmertmann (1999).

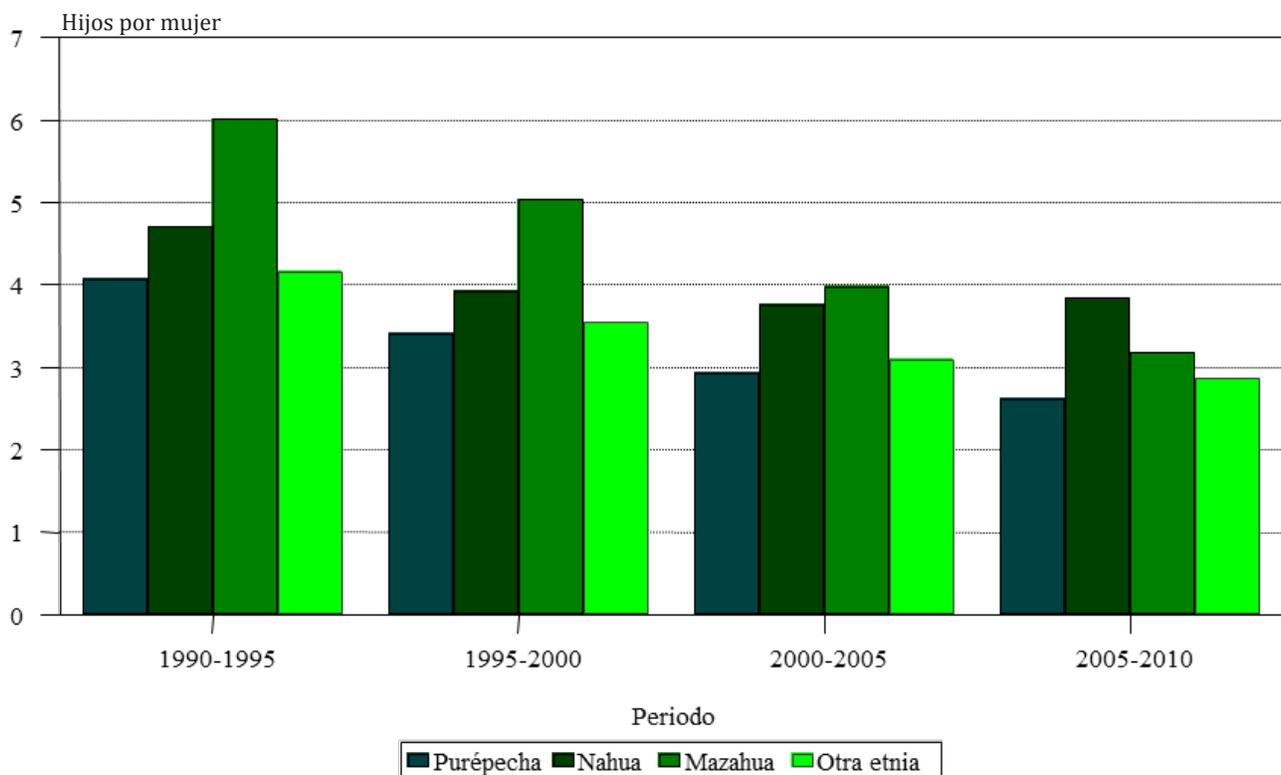
Si se atiende al hogar más que al habla, la desigualdad se reduce, de manera más significativa entre las mazahuas, con más de un hijo menos que las hablantes en los cuatro quinquenios, como se puede ver en la gráfica 9. Tanto en el total de mujeres indígenas como en las mazahuas, la reducción en la descendencia promedio al tomar miembros de hogares en lugar de hablantes, es un claro indicio del cambio de actitud inter generacional, no sólo en cuanto a la práctica de la lengua nativa, sino también en el comportamiento reproductivo. En



efecto, si retenemos el enfoque de hogar y consideramos que aproximadamente veinte años apartan a las madres de sus hijas, las mujeres nacidas en 1960-1965 habrían procreado, en promedio, 2.99 hijos hasta 1990 (25-29 años) y las originarias del quinquenio siguiente 1.47 hijos también hasta 1990 (20-24 años); en cambio, el promedio para la generación 1980-1985 era de 1.71 hijos hasta 2010 (25-29 años) y para la cohorte 1985-1990 de 0.77 hijos en 2010 (20-24 años). La diferencia es evidente: 1.28 hijos menos entre hijas y madres de las generaciones más antiguas (25-29 años) y 0.70 para las cohortes más recientes (20-24 años). El cambio es más profundo en las mujeres miembros de un hogar mazahua (1.62 y 0.94 hijos) que en la comunidad náhuatl (1.43 y 0.89) o la purépecha (1.32 y 0.72 hijos).

Gráfica 9.

Michoacán: Tasa global de fecundidad para mujeres de ciertas etnias, 1990-2010.



Nota: Mujeres en hogares bajo el criterio de habla del jefe, cónyuge, ascendentes o colaterales.

Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 2000 y 2010 y estimaciones de SOMEDE(2011) y el algoritmo de Schmertmann (1999).

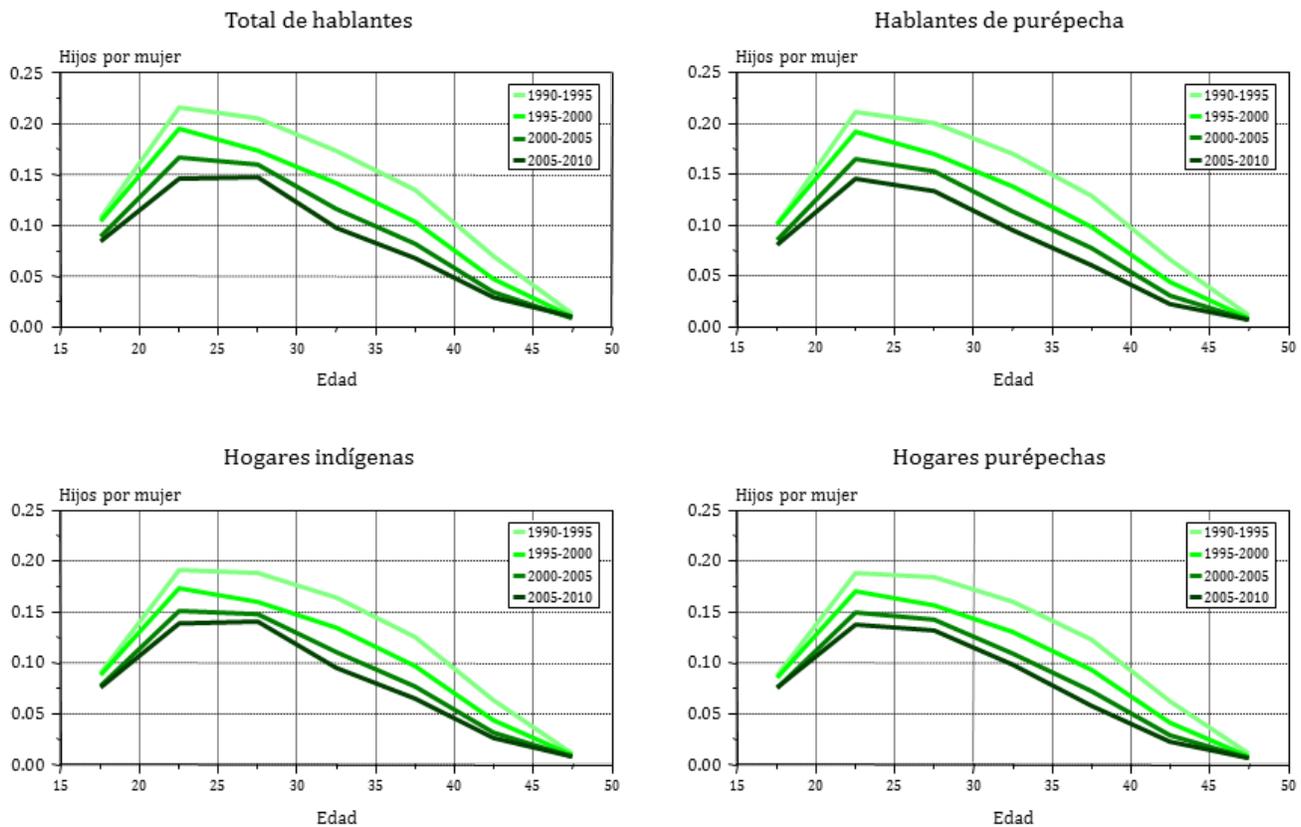
La manera como se reproducen las mujeres durante su periodo fértil se puede ver en las tasas de fecundidad por edad de la gráfica 10. Mientras en el total de mujeres hablantes



se nota una transición de una pauta de cúspide temprana (mayor tasa en 20-24 años que en 25-29) a un perfil de cúspide dilatada (tasas semejantes de 20 a 29 años) con el paso de los años, entre las que hablan el tarasco la cúspide temprana prevalece en los dos decenios; no así cuando se atiende al hogar más que el habla, la cúspide dilatada es común al total de arreglos domésticos como a los purhépechas, perfil etario que incluso se identifica en el primer lustro del presente siglo.

Gráfica 10.

Tasa de fecundidad por edad para las mujeres indígenas y las purhépechas, 1990-2010.



Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 2000 y 2010, y estimaciones de SOMEDE (2011) y el algoritmo de Schmertmann (1999).

La tendencia hacia la cúspide dilatada en el patrón por edad de la fecundidad revela que las mujeres indígenas de Michoacán están espaciando su descendencia cada vez más, pero sobre todo que están reduciendo el número de su prole. La conjunción de ambas pautas indica que la práctica anticonceptiva está siendo común entre esas mujeres, lo cual les permite ir delineando un proyecto de vida distinto al de sus antecesoras, sin necesidad de abandonar su lengua nativa, o usos y costumbres de su etnia diferentes al del comportamiento reproductivo.



La mortalidad

Si la fecundidad es el fenómeno demográfico que mejor ilustra las diferencias en el aspecto conductual, principalmente entre las mujeres, la mortalidad es la variable poblacional que mejor refleja las desigualdades en el nivel de bienestar.

Una sociedad equitativa que permite a todos sus miembros el acceso universal a los servicios de salud, a una adecuada alimentación de la madre durante el embarazo y al niño en sus primeros años de vida, se traducirá en individuos que gocen cabalmente de sus facultades físicas y mentales, que les permitirán un buen rendimiento escolar en su infancia, adolescencia y juventud, y productividad adecuada y plena participación social y política en la etapa adulta.

La desigualdad social y el retraso en el desarrollo sólo permiten un acceso limitado a la salud y la alimentación, lo cual propicia el mantenimiento y, muchas veces, acrecentamiento de la pobreza, se cobra muchas vidas en la infancia temprana, y limita en sus facultades a muchos de los niños que sobreviven, marcando su existencia por una situación perenne de desventaja y reproducción del círculo vicioso de la desigualdad y la pobreza.

Amartya Sen (1995), el renombrado Premio Nobel de Economía 1998, sugiere que las diferencias en la mortalidad pueden revelar mejor la desigualdad en el bienestar que el crecimiento económico, mostrando empíricamente que ha habido épocas de auge económico con aumentos en la morbilidad y la mortalidad, y periodos de recesión con alargamiento de la supervivencia.

A diferencia de la fecundidad, donde la información censal nos permite inferir los niveles y tendencias del fenómeno, en la mortalidad tal posibilidad se restringe a los primeros años de vida, ya que los métodos diseñados para aprovechar los datos censales sólo permiten estimaciones confiables en la infancia temprana. La mortalidad de las demás edades se tiene a partir de los decesos del registro civil, que al asentar el evento en el acta respectiva no se pregunta si el occiso hablaba alguna lengua indígena o pertenecía a una etnia autóctona. Así, empezamos por revisar la mortalidad en la primera infancia, y después describimos la manera como nos aproximamos a la mortalidad general de la población indígena de Michoacán.



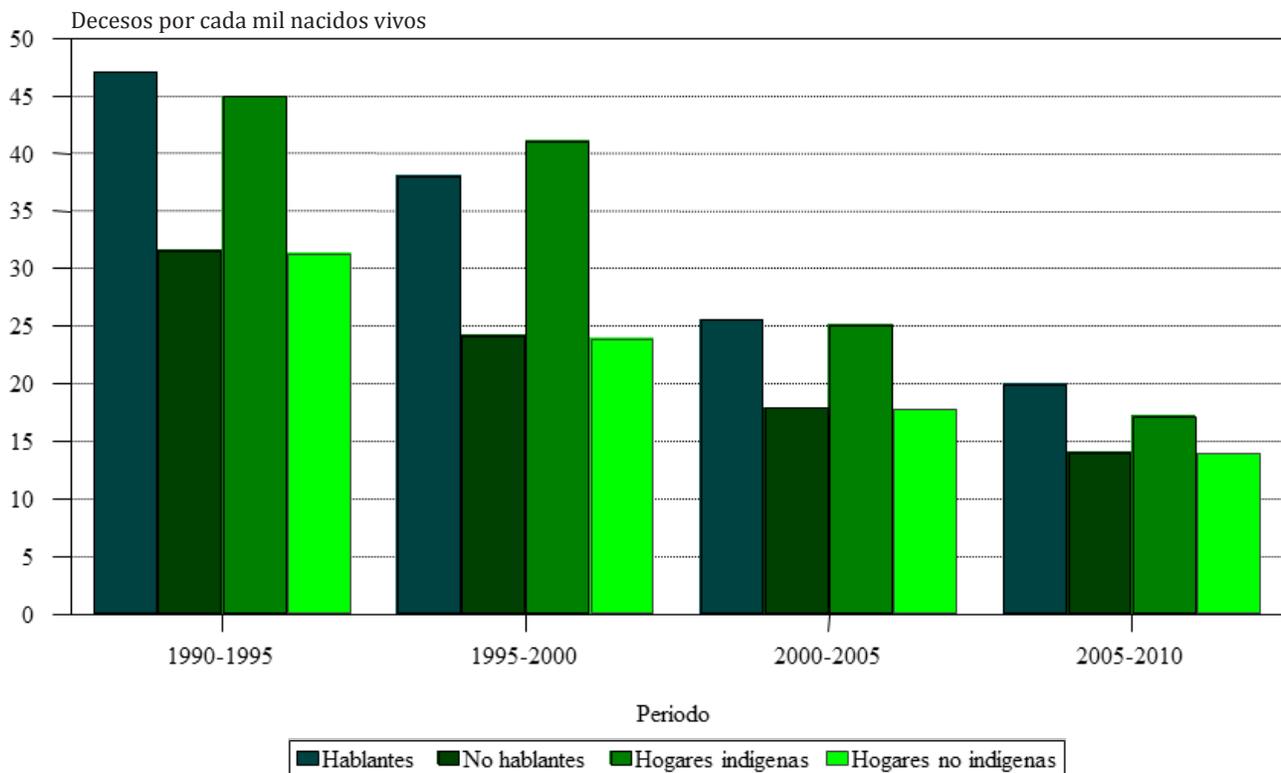
Mortalidad infantil

Tradicionalmente, se ha considerado la mortalidad en el primer año de vida, denominada *mortalidad infantil*, como un buen indicador del nivel de bienestar y de igualdad social, ya que el recién nacido es, entre los miembros del hogar, el más susceptible de sucumbir ante la falta de recursos y un medio ambiente hostil para la supervivencia.

Con base en el método tipo Brass, convertimos las proporciones de hijos fallecidos en el censo en la probabilidad de fallecer antes del primer aniversario (United Nations, 1983: 76-81). En la gráfica 11 se presenta la evolución del indicador para la descendencia de las mujeres indígenas y no indígenas.

Gráfica 11.

Michoacán: Tasa de mortalidad infantil por condición de indigenismo de la madre, 1990-2010.



Nota. Mujeres en hogares bajo el criterio de habla del jefe, cónyuge, ascendentes o colaterales.

Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 2000 y 2010 y estimaciones de SOMEDE (2011).

Es bastante clara la convergencia entre ambos grupos poblacionales con el paso de los años, pero sobresale el caso de las mujeres que hablan una lengua vernácula o que pertenecen



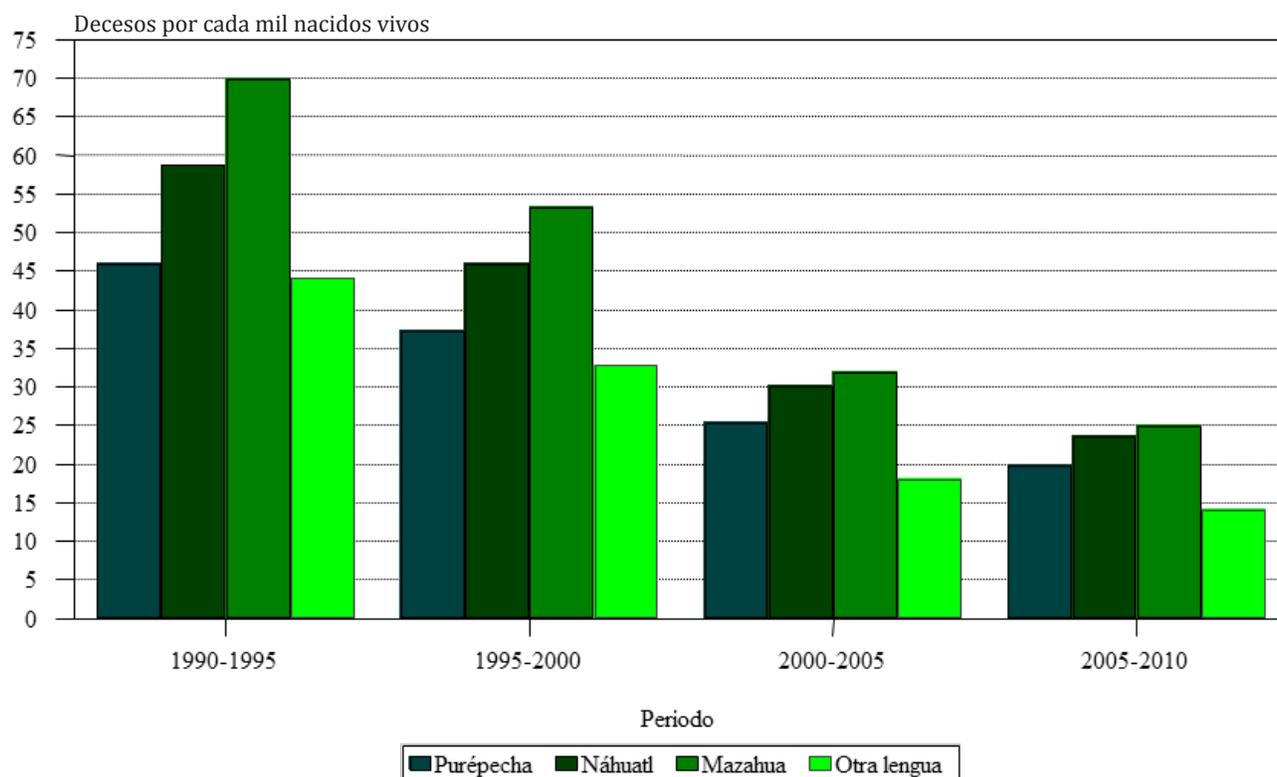
a un hogar indígena, ya que el riesgo de morir en el primer año de vida entre sus hijos se redujo considerablemente entre los periodos extremos. En términos proporcionales, el descenso -a 40% del valor inicial- fue prácticamente el mismo entre recién nacidos indígenas y no indígenas; sin embargo, el riesgo de morir durante 2005-2010 hizo que se evitaran 27 muertes por cada mil nacidos en el primer grupo y 17 en el segundo de haber prevalecido los niveles de 1990-1995.

Al desagregar por lengua que habla la madre, en la gráfica 12 es evidente, otra vez, la convergencia en los niveles de mortalidad infantil. Igual que en la fecundidad, el grupo más rezagado es la prole de hablantes de mazahua. Si se considera que, para el conjunto del país, la tasa de mortalidad infantil era de 70 muertes por cada mil nacimientos en 1962, *ceteris paribus* podríamos decir que el bienestar entre los hablantes de mazahua, en 1990-1995, se encontraba rezagado al menos 30 años del nivel que era posible alcanzar en México, bajo un escenario de mayor equidad social.



Gráfica 12.

Michoacán: Tasa de mortalidad infantil de hijos de madres hablantes de ciertas lenguas, 1990-2010.



Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 2000 y 2010, y estimaciones de SOMEDE (2011).

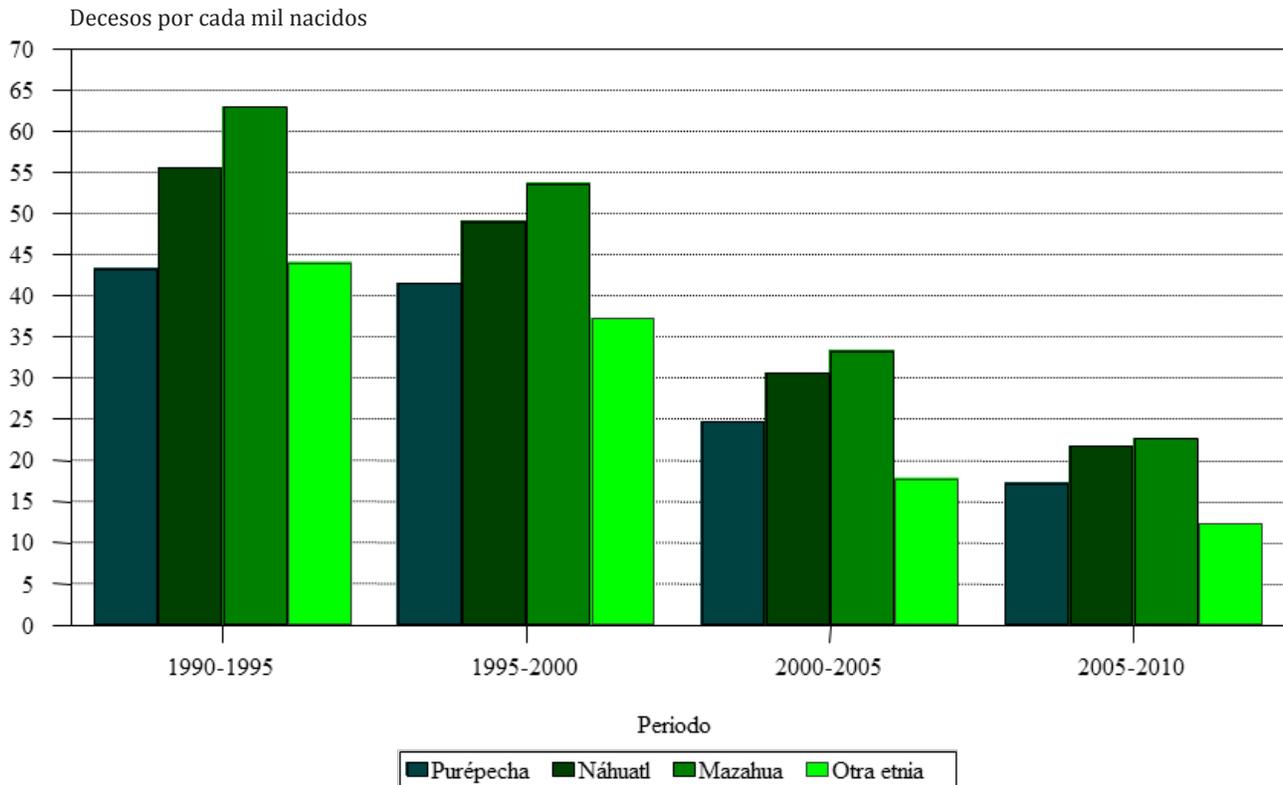
Los niveles alcanzados en el último lustro considerado, aun para el resto de las lenguas (14) y purhépechas (20), están distantes de la media nacional, pues las condiciones de bienestar del conjunto del país implican que se pudieron haber evitado 15 de 26 decesos infantiles, por cada mil nacimientos, en la descendencia de las hablantes de mazahua, 13 de 24 en los hijos de hablantes de náhuatl, 8 de 19 en los tarascos y 3 de 14 de los demás idiomas nativos.

La tendencia temporal, cuando se consideran hogares en lugar de madres hablantes, es similar a la de estas últimas, aunque con menor riesgo de morir en los cuatro quinquenios, según se advierte en la gráfica 13. Ahora la tasa de mortalidad infantil entre los mazahuas, de 63 por mil en 1990-1995, es similar a la estimada para el país en 1971, pudiendo afirmar que el rezago social en esa etnia es de al menos 20 años. Y, en el último quinquenio, si las condiciones de bienestar del país fueran menos disímiles, por cada mil nacidos vivos se hubieran podido evitar 12 de 23 muertes infantiles en los mazahuas, 11 de 22 en los nahuas, 6 de 17 en los tarascos y 1 de 12 en las restantes etnias autóctonas del estado.



Gráfica 13.

Michoacán: Tasa de mortalidad infantil de hijos de madres de ciertas etnias, 1990-2010.



Nota: Mujeres en hogares bajo el criterio de habla del jefe, cónyuge, ascendentes o colaterales.

Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 2000 y 2010, y estimaciones de SOMEDE (2011).

Estamos conscientes que no es posible igualar el grado de bienestar en toda la población del país, pero aún estamos lejos de brindar oportunidades similares de supervivencia a todos los nuevos mexicanos, de ofrecerles los medios para crecer saludables y gozar plenamente de sus facultades físicas y mentales, de que realmente tengan las mismas posibilidades de desempeño que sus pares cuando sean adultos.

Mortalidad general

A diferencia de la mortalidad en la primera infancia, cuyas diferencias se distinguen mediante la condición de indigenismo de la madre, a partir de la juventud ya no se puede utilizar la información censal; es indispensable el uso de la estadística generada a partir de las defunciones



captadas por el registro civil, que —como dijimos arriba— al asentar el deceso en la acta no se pregunta si el occiso hablaba alguna lengua indígena o pertenecía a una etnia autóctona.

Las medición de la mortalidad a partir de la adolescencia la haremos recurriendo al concepto de predominancia indígena en el ámbito territorial, como una aproximación a la población indígena, es decir, asimilamos a la población indígena de Michoacán con aquella que, al momento de los censos de 1990 a 2010 y los conteos de 1995 y 2005, vivía en municipios donde una fracción importante de sus habitantes pertenecían a un hogar indígena bajo el criterio de habla de lengua vernácula. Dejamos de lado la pertenencia y el entendimiento con el fin de hacer equiparables las poblaciones indígenas en los últimos cinco recuentos poblacionales.

Después de una inspección detallada, se detectaron diez municipios donde, en al menos en alguno de los tres censos o de los dos conteos, la proporción de indígenas era de 35% o más del total de habitantes: Aquila, Charapan, Cherán, Chilchota, Erongarícuaro, Nahuatzen, Paracho, Quiroga, Tangamandapio y Tzintzuntzan. En conjunto, en esos diez municipios más de 40% de su población era indígena, y sus habitantes autóctonos concentraban la mitad del total del estado. Así, para nuestras estimaciones de mortalidad, supusimos que la población total de esos municipios era representativa de la población indígena de Michoacán, o más preciso, que su mortalidad equiparaba al riesgo de morir de todos los indígenas del estado.

Debido a que estamos empleando el concepto de población indígena, y no tanto de hablantes, las estimaciones se refieren al criterio más amplio de hogar. Se retuvieron las estimaciones de la infancia y la adolescencia (0 a 14 años) de la descendencia de los hijos de mujeres pertenecientes a hogares indígenas de acuerdo a la etnia, y sólo se sobrepusieron las tasas de mortalidad por edad a partir de 15 años.

La esperanza de vida al nacimiento es el mejor estimador de la incidencia de la mortalidad en todas las edades. Se refiere a la edad media al morir, o longitud media de la supervivencia, de una generación, si esa cohorte experimentara, a lo largo de su existencia, las tasas de mortalidad por observadas en un año o periodo corto de tiempo.

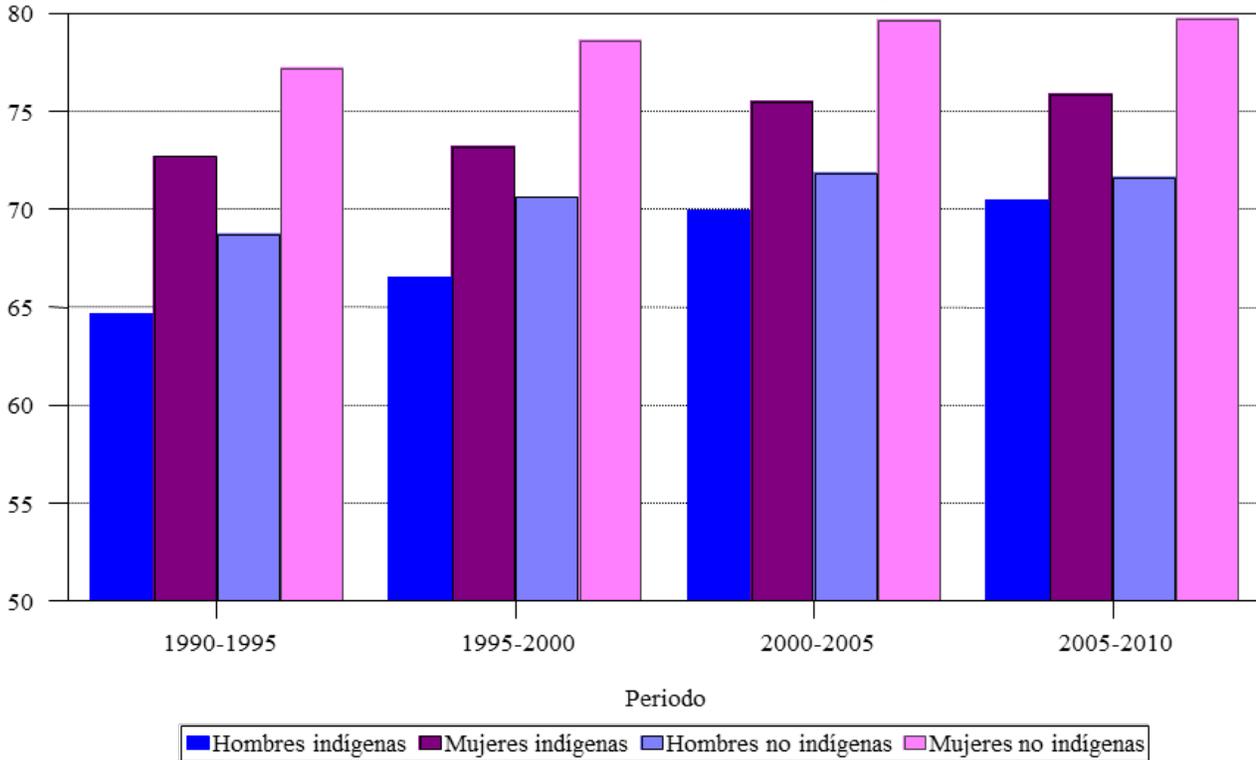
La esperanza de vida de los indígenas se ha mantenido por debajo de la vida media de los no indígenas en ambos sexos, como se puede ver en la gráfica 14 y el cuadro 4. Igual que en



la fecundidad, la brecha entre ambos grupos de población se ha cerrado con el paso del tiempo: los 4.06 años favorables a los hombres no indígenas en 1990-2000 se redujeron a 1.23 años en 2005-2010, mientras en las mujeres la disminución fue de 4.48 a 3.89 años.

Gráfica 14.

Michoacán: Esperanza de vida al nacer por condición de indigenismo, 1990-2010.



Fuente: Cuadro 4.

Cuadro 4. Michoacán: Esperanza de vida al nacer por sexo y etnia, 1990-2010

Etnia	Hombres				Mujeres			
	1990-1995	1995-2000	2000-2005	2005-2010	1990-1995	1995-2000	2000-2005	2005-2010
	Esperanza de vida							
Michoacán	68.4	70.4	71.8	71.6	76.8	78.1	79.3	79.4
Población indígena	64.7	66.6	70.0	70.4	72.7	73.2	75.5	75.9
Purépecha	64.9	66.6	70.3	70.4	72.9	73.3	75.5	75.9
Nahua	63.7	66.0	70.0	70.0	72.1	71.0	73.7	75.2
Mazahua	62.5	65.3	66.5	69.9	69.5	70.9	74.5	75.4
Otra etnia	64.8	67.3	71.3	71.0	72.8	73.0	76.5	76.5
Población no indígena	68.8	70.6	71.8	71.7	77.2	78.6	79.7	79.8



Etnia	Hombres				Mujeres			
	1990-1995	1995-2000	2000-2005	2005-2010	1990-1995	1995-2000	2000-2005	2005-2010
Sobremortalidad respecto a los no indígenas (porcentaje)								
Población indígena	22.4	24.3	11.8	7.8	29.9	39.3	32.4	31.3
Purépecha	18.7	20.7	9.0	7.5	24.5	33.1	29.0	28.5
Nahua	24.9	24.3	11.1	9.8	29.7	47.4	41.6	33.2
Mazahua	28.6	26.8	33.5	10.5	42.9	42.2	31.6	31.0
Otra etnia	17.3	16.2	2.8	4.1	22.6	30.8	20.6	23.2
Población no indígena	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Disminución porcentual de la mortalidad entre 1990-1995 y 2005-2010								
Población indígena			27.9			19.3		
Purépecha			27.3			18.3		
Nahua			30.1			19.0		
Mazahua			33.4			31.1		
Otra etnia			30.7			23.9		
Población no indígena			16.3			17.7		

Fuente: Elaboración propia con base en los censos y conteos de población de 1990 a 2010, estadísticas vitales y estimaciones de Samede (2011)

La aproximación entre las esperanzas de vida masculinas se originó en una importante reducción de la sobre mortalidad de los indígenas, como se puede ver en el panel intermedio del cuadro 4: de 24.3% en 1995-2000 a 7.8% diez años más tarde; en cambio, la menor contracción en las mujeres representó un descenso menor en la mortalidad excedente, de 39.3 a 31.3%; sin embargo, entre los lustros extremos se aprecia que la sobre mortalidad de las mujeres indígenas aumentó.

La expansión de los servicios de salud en Michoacán y la mejora en las condiciones de bienestar, de las que resultaron más beneficiados los indígenas, se advierte en el descenso global del riesgo medio de fallecer (panel inferior del cuadro 4): 27.9% frente a 16.3% en los hombres y 19.3 y 17.7%, respectivamente, en las mujeres.

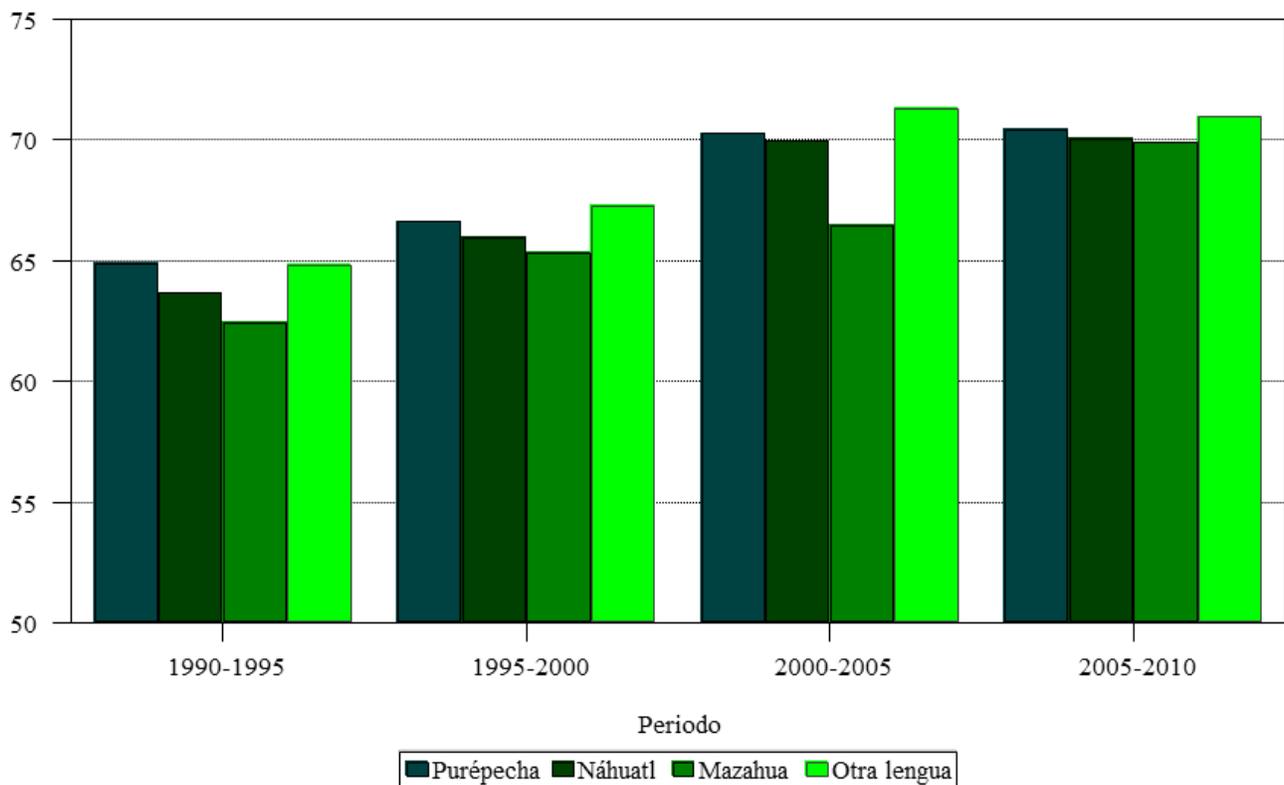
El menor nivel de bienestar entre los varones mazahuas es evidente, ya que sus esperanzas de vida fueron las menores en los dos decenios, como se puede ver en la gráfica 15 y el panel superior del cuadro 4, aunque en años recientes apenas se ubica por debajo de



la vida media de los nahuas y próxima a la de los purhépechas. Respecto de los hombres no indígenas, la sobre mortalidad se magnificó con el cambio de siglo (de 23.6 a 33.5%), sólo para descender abruptamente en el lustro más reciente (10.5%), para situarse apenas 0.8% por encima del riesgo de morir de los nahuas y 3.0% respecto de los purhépechas. En suma, los varones de todas las etnias experimentaron sustantivas reducciones en su mortalidad, como se puede ver en el panel inferior del cuadro 4: 27.3% de reducción global en los tarascos y más de 30% en las etnias restantes.

Gráfica 15.

Michoacán: Esperanza de vida al nacer masculina para ciertas etnias, 1990-2010.



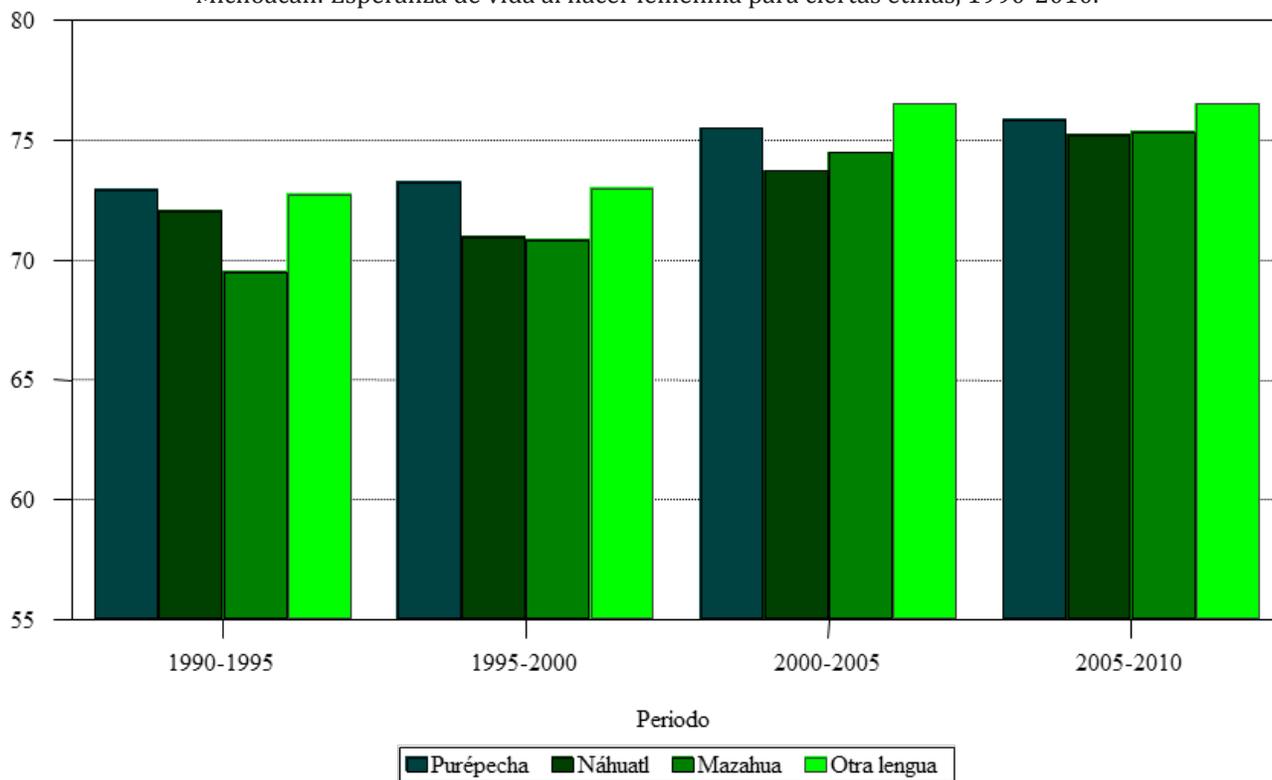
Fuente: Cuadro 4.

En las mujeres la transición ha sido menos marcada, como se aprecia en la gráfica 16, aunque cabe destacar que, con el cambio de siglo, las nahuas pasaron a tener la menor esperanza de vida; la sobre mortalidad respecto de las mujeres no indígenas se mantuvo elevada para todas las etnias nativas y, a diferencia de los hombres, sólo las mazahuas y las otras etnias lograron reducir en más de 20% su mortalidad.



Gráfica 16.

Michoacán: Esperanza de vida al nacer femenina para ciertas etnias, 1990-2010.



Fuente: Cuadro 4.

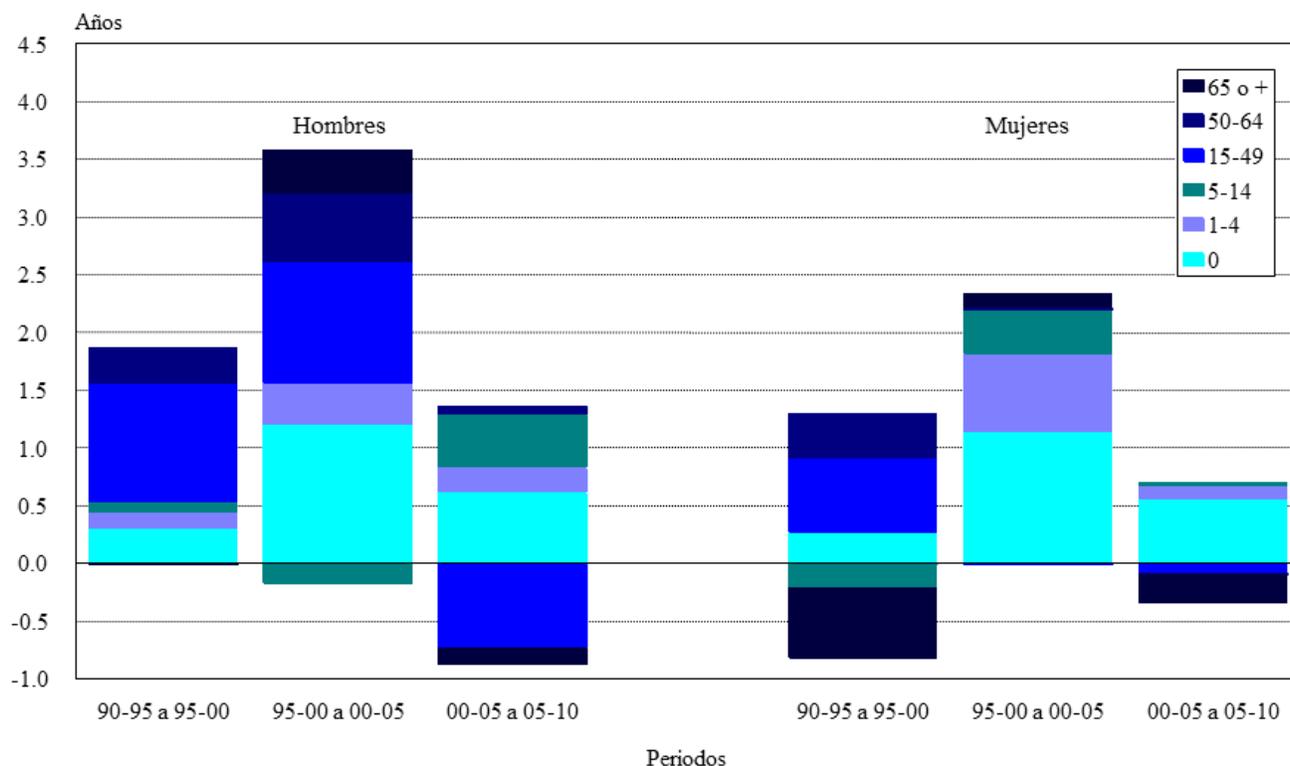
La mayor velocidad de descenso de la mortalidad masculina que la femenina entre los indígenas, propició una importante reducción en el distanciamiento en la esperanza de vida entre los sexos: de casi 8 años favorables al sexo femenino en todas las etnias, excepto de 7 en los mazahuas, en 1990-1995, a algo más de 5 años en el último lustro.

Las ganancias en la vida media no se dan por igual en todo el rango de edades, como se puede ver en la gráfica 17 para la población indígena total de Michoacán. Se advierte que el descenso de la mortalidad entre 15 y 49 años contribuyó con el mayor acrecentamiento en ambos sexos durante la última década del siglo pasado; y si bien en los hombres se mantuvo al cambio de centuria, se volvió negativo del primero al segundo lustros del siglo actual. Esta pérdida (0.73 años) fue tan significativa que superó al incremento proveniente del descenso de la mortalidad infantil (0.61 años).



Gráfica 17.

Contribución de la reducción de la mortalidad indígena por grandes grupos de edad a la ganancia en la esperanza de vida, 1990-2010.



Fuente: Elaboración propia con base en los censos y los conteos de población 1990-2010, estadísticas vitales y estimaciones de SOMEDE (2011).

Destaca la notable pérdida en la esperanza de vida femenina del primero al segundo quinquenios, debida al aumento en la mortalidad de las adultas mayores (65 años o más); y aunque a la vuelta del siglo se tornó positiva, y en los hombres se magnificó, al transitar al lustro más reciente se volvió negativa. El vaivén en mujeres y la conversión a decremento en los hombres son indicativos de las dificultades que ha encontrado la medicina para reducir la mortalidad por enfermedades crónicas y degenerativas, si bien no evitándolas, al menos aplazando el desenlace fatal.

La reducción de la mortalidad infantil ha sido significativa, como describimos arriba, y su aporte al alargamiento de la supervivencia ha sido igualmente importante: la mayor en ambos sexos desde finales del siglo pasado.

En suma, el mayor agrandamiento de la esperanza de vida al nacer de los hombres (5.74 años) que en las mujeres (3.15) indígenas, al cabo de los cuatro lustros, se ha fincado en todas



las edades, excepto en los niños de 1 a 4 años, donde el aporte al incremento en la vida media femenina (0.78 años) ha sido algo mayor que a la masculina (0.71 años).

El Distrito Federal ha sido, indudablemente, la entidad federativa más favorecida del desarrollo social y económico del país. Prueba de ello es que ahí se advierten las mayores esperanzas de vida al nacer de la nación: 73.9 años para hombres y 80.4 años para mujeres en 2005-2010. Respecto de los habitantes de la capital del país, la vida media de los varones indígenas michoacanos implica una mortalidad 25% superior, mientras en las mujeres asciende a 38%; si atendemos a las etnias, destaca la desventaja en que se encuentran mazahuas (28.8 y 42.3%, respectivamente) y nahuas (27.9 y 43.4%), y no tan lejos los purépechas (25.2 y 38.1%) y las demás etnias de Michoacán (21.1 y 32.7%, respectivamente). Como sostuviera Amartya Sen, los niveles de mortalidad son un buen indicador de los logros y fracasos del desarrollo económico y social, de la desigualdad, a veces abismal, entre los habitantes de una misma nación.

Mortalidad por causas

La expansión de los servicios de salud y el avance de la medicina, y su acceso a un costo decreciente, ha implicado una transformación notable en la estructura de la mortalidad: cada vez son más escasos los decesos atribuidos a enfermedades infecciosas y parasitarias y las vinculadas al embarazo y al parto, y más frecuentes los originados en padecimientos crónicos y degenerativos y producidos por las lesiones y los accidentes. A este cambio paulatino en el perfil de la mortalidad por causas se le conoce como transición *epidemiológica*.

El proceso ha sido observado en todo el país y, como veremos a continuación, los indígenas de Michoacán también han participado y se han beneficiado de él. La inspección se hace sólo para el total de los indígenas del estado, ya que el escaso monto de las defunciones captadas en el registro civil, así como la ausencia de referencia alguna a lengua o grupo autóctonos al asentar la muerte, imposibilita hacerlo por etnias. Debemos aclarar que el perfil epidemiológico de los decesos *indígenas* se extrae de las defunciones en los diez municipios predominantemente indígenas a que hicimos referencia en el apartado previo.



Con el fin de simplificar el análisis, y dar mayor significación estadística a los datos, se consideran tres grandes agregados de causas de muerte:

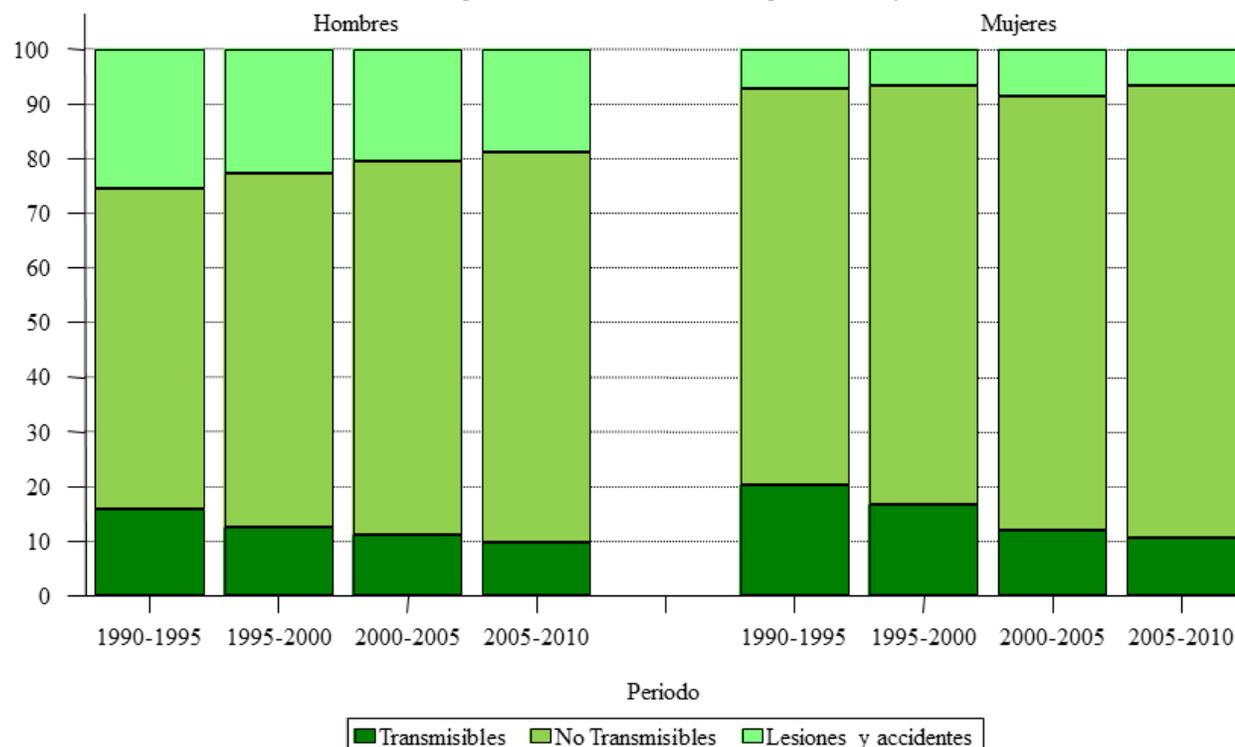
1. Enfermedades transmisibles, maternas, perinatales y nutricionales.
2. Enfermedades no transmisibles: tumores, diabetes, cardiovasculares, de los aparatos respiratorio y digestivo no infecciosas, etc.
3. Lesiones auto infligidas o por un tercero, y accidentes.

La transición epidemiológica en la población indígena de Michoacán es evidente en la gráfica 18, donde se advierte la creciente y mayoritaria participación de los padecimientos crónicos y degenerativos (no transmisibles), con la consecuente disminución de las enfermedades que ha sido posible evitar a bajo costo (transmisibles, maternas, perinatales y nutricionales) y las lesiones y accidentes. Si bien los accidentes se han reducido por las medidas precautorias adoptadas por la ciudadanía, el descenso en la mortalidad por lesiones no sólo ha aminorado, sino hasta ha vuelto a aumentar por la ola de violencia que se vive en varias entidades federativas.



Gráfica 18.

Michoacán: Distribución porcentual de la mortalidad por causas y sexo, 1990-2010.



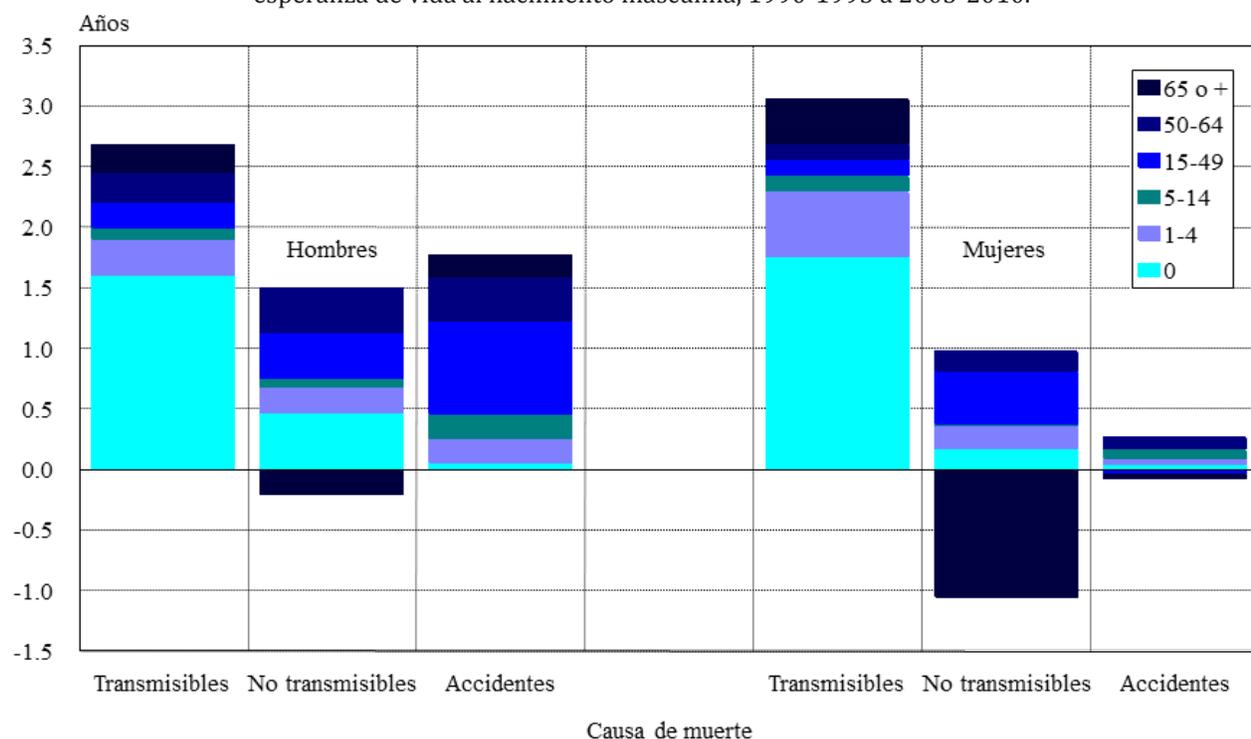
Fuente: Elaboración propia con base en las estadísticas vitales 1990-2010.

Esto es evidente en el paso del primero al segundo quinquenios de este siglo, que acusa una pérdida de 0.68 años en la esperanza de vida masculina, por el aumento en las lesiones y accidentes en los hombres de 15 a 49 años, después que durante la última década de la centuria pasada y a la vuelta del milenio se observaron contribuciones de 0.67 y 0.77 años, respectivamente, por la baja en la incidencia de esas causas de muerte en el intervalo etario varonil mencionado. Entre los lustros extremos, el efecto neto de la trayectoria de la mortalidad por accidentes, en los hombres de 15 a 49 años, fue de 0.76 años, como se puede apreciar en la gráfica 19.



Gráfica 19.

Contribución de la reducción de la mortalidad indígena por grandes grupos de edad, causas de muerte a la ganancia en la esperanza de vida al nacimiento masculina, 1990-1995 a 2005-2010.



SOMEDE (2011)

El abatimiento de las enfermedades infecciosas y parasitarias, y una mejor alimentación de los menores de un año que incidió en la disminución de muertes neonatales (primer mes de vida), contribuyeron con el mayor aporte a la vida media masculina (1.59 años) y a la femenina (1.75 años). El acrecentamiento más sustancioso en las mujeres que en los hombres, se debió a un retroceso en los niños de 1990-1995 a 1995-2000 que implicó una pérdida de 0.04 años, mientras en el caso femenino fue superávit de 0.50 años; pero al cambio de milenio, la recuperación de los hombres (1.25 años) fue mucho más significativa que en las mujeres (0.66 años). La contracción del riesgo de morir por el primer grupo de causas considerado, del primero al segundo lustros del presente siglo, amplió la esperanza de vida al nacer nuevamente más en el sexo femenino (0.59 años) que en el masculino (0.38 años).

Visto de manera global, del primero al último lustro considerado, después del descenso en la mortalidad infantil, aun con el retroceso durante el primer decenio de este siglo, la



tendencia de las lesiones y los accidentes entre los varones indígenas de 15 a 49 años representó la mayor aportación al aumento en la esperanza de vida.

El decremento en la vida media, originado en la mortalidad por enfermedades crónicas y degenerativas (no transmisibles) en la tercera edad, a que nos referimos arriba, es evidente en la gráfica 19, notablemente más marcado en las mujeres que en los hombres. Este hecho no es privativo de los indígenas michoacanos, ni del país en su conjunto, sino que también se advierte en algunos de los países más desarrollados —como Japón o Suecia— en años recientes, mostrando que todavía la medicina está lejos de reducir, menos de evitar, la muerte por tumores, diabetes o cardiovasculares, las principales causas de muerte en la senectud.

La migración interna

La migración, desde la óptica de la socio demografía, se refiere al cambio de residencia habitual -permanente o temporal- de las personas de un espacio geográfico a otro, donde ambos no comparten territorio alguno en común.

La operación del concepto, en encuestas de hogares censales o por muestreo, se ha concretado al dejar al declarante la decisión ante preguntas como *¿quiénes residen* en esta vivienda? o *¿fulano ha vivido* en otro lugar? Los espacios geográficos, generalmente, se asemejan a la división político-administrativa, como entidades federativas, municipios o localidades en el caso de México.

Los censos de población son particularmente útiles para cuantificar y estudiar la migración *interna* del país, es decir, la que tiene lugar dentro de sus fronteras, ya que al captar a los inmigrantes (quienes llegaron a un lugar) de toda la nación, al mismo tiempo enumeran a los emigrantes (quienes se fueron) al preguntar por el lugar de residencia anterior.

Los trece censos modernos de México (1895-2010) han preguntado por la entidad federativa o país de nacimiento. Bajo este criterio, quien vive en una entidad distinta a donde nació es un migrante interno, mientras los originarios de otros países son inmigrantes externos o internacionales.



Este sencillo enfoque, ampliamente difundido, presenta, sin embargo, dos restricciones:

1. El hecho que una persona viva donde nació, no necesariamente implica que nunca haya migrado; no es remota la posibilidad que después de haber realizado dos o más mudanzas durante su vida (incluida la de retorno al lugar natal), el resultado al momento de la encuesta es que vive donde nació. Asimismo, quien no es nativo bien pudo haber realizado varias migraciones e incluso ninguna directamente del lugar natal a donde vive al momento de la encuesta.
2. La migración no se puede ubicar temporalmente, lo cual representa una seria limitación analítica, dado que, en el largo plazo, cambian significativamente las condiciones socioeconómicas de las regiones, las características de los migrantes y las direcciones de los desplazamientos territoriales.

Debido a ambas limitaciones, a partir del censo de 1960 se ha incluido en el cuestionario una pregunta sobre la residencia previa, siendo la correspondiente a cinco años antes del recuento censal la utilizada desde 1990 y el conteo de 2005.

Un tercer enfoque descansa en el habla de una lengua indígena, y parte del hecho que los idiomas autóctonos se practicaban en territorios específicos al menos al momento de la conquista de España en el siglo XVI, de tal suerte que, si un hablante habita otras tierras es, por lo tanto, un migrante (Rubio et al, 2000). Por ejemplo, quien habla purépecha (lengua originaria de Michoacán) y vive en Veracruz; o bien, quien practica el maya (Yucatán) y reside en Michoacán. Esta perspectiva comparte las limitantes del lugar de nacimiento y, más aún, no todo hablante de una lengua no originaria del territorio donde vive es necesariamente un migrante, pues pudieron haber sido sólo sus ancestros.

Debido a las restricciones del lugar de nacimiento y el enfoque de la lengua indígena, retenemos sólo la migración reciente (residencia 5 años antes del censo o conteo), la cual también se ajusta al periodo de veinte años (1990-2010) que estamos usando en este trabajo. Asimismo, nos quedamos con el criterio de hogar indígena, ya que, además que comprende a todos los hablantes, sobre todo se vincula más a las condiciones socioeconómicas que motivan los desplazamientos espaciales.



La migración internacional es el objetivo de otro capítulo de esta obra, con lo cual, aquí sólo atendemos a la movilidad territorial interna. La migración de la población indígena hacia y desde Michoacán es estadísticamente escasa, con lo cual, no se tiene suficiente representatividad numérica para distinguir la etnia, o especificar el origen geográfico de sus inmigrantes o el destino de sus emigrantes más allá del conjunto de las restantes 31 entidades federativas del país. Así, nos referimos sólo a la inmigración y emigración total de la población indígena de Michoacán.

De acuerdo con nuestras estimaciones, llegaron a vivir a Michoacán 423 mil indígenas (229 mil hombres y 194 mujeres) en 1990-2010, los cuales se distribuyeron en 100 mil (53 mil varones y 47 mil féminas) en 1990-1995, 117 mil (62 y 55 mil) en 1995-2000, 81 mil (46 y 35 mil) en 2005-2010 y 123 mil (67 y 57 mil) en 2005-2010. El descenso en el primer quinquenio del siglo actual se puede deber a una probable omisión de migrantes en las viviendas pendientes en 2005, quienes no fueron contabilizados.

Una cantidad mayor han dejado Michoacán para asentarse en otra entidad federativa. Al cabo de los dos decenios, 567 mil (285 mil hombres y 283 mil mujeres) han emigrado, 143 mil (73 y 70 mil) y 145 mil (74 y 71 mil) en los dos últimos lustros del siglo pasado, respectivamente, y 107 mil (54 y 53 mil) y 172 mil (84 y 89 mil) en los dos primeros del actual.

La conjugación de las corrientes migratorias en ambos sentidos se traduce en una pérdida global de 144 mil indígenas (56 mil varones y 89 mil féminas) del estado al cabo de los dos decenios, con 43 mil (20 y 23 mil), 28 mil (12 y 16 mil), 26 mil (8 y 18 mil) y 49 mil (17 y 32 mil) en los cuatro lustro intermedios, respectivamente.

Llama la atención que, salvo la emigración del quinquenio más reciente, hay una predominancia masculina en las llegadas y salidas, cuando las mujeres han sido mayoría entre la población indígena desde 1990, como veremos en el acápite 6. Esto implica que los hombres son más propensos a desplazarse territorialmente que las mujeres entre los indígenas de Michoacán, como se advierte en las tasas de migración por edad de la gráfica 20, las cuales delinean el patrón etario típico de la movilidad espacial.



La pauta característica de la migración interna se vincula al ciclo de vida. La mayor concentración entre 15 y 39 años de edad, en los dos sexos y en los cuatro lustros, indica una movilidad territorial más intensa en las edades cuando los individuos se independizan del hogar paterno o bien cuando comienzan a formar el propio; también se refiere a aquellos que deben iniciar su vida laboral a edades tempranas para ayudar al sustento del hogar paterno, como es el caso de las empleadas domésticas.

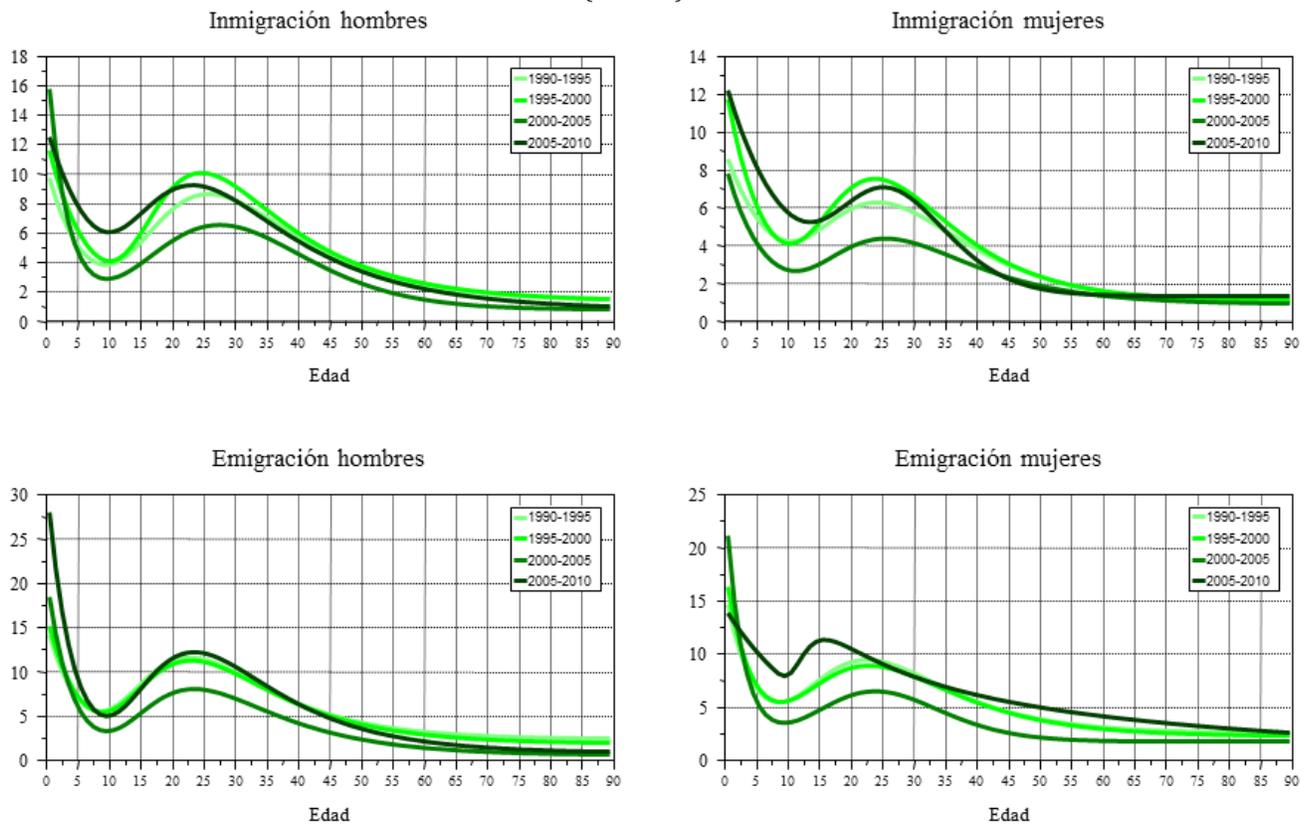
En las etapas iniciales de la constitución de la familia predominan los hijos pequeños, debido a que la duración de la unión aún es corta. Así, se observa también que una parte importante de los migrantes la constituyen los menores de diez años de edad, es decir, niños que migran con sus padres dentro de un esquema -presumiblemente profuso- de migración familiar.

Conforme avanza la edad, la situación familiar y laboral de los individuos es más estable y, por lo tanto, los desplazamientos espaciales son menos frecuentes. En la etapa de la expansión de la familia, la menor migración se advierte también en los hijos, quienes se encuentran todavía en edades escolares y permanecen en el hogar paterno.



Gráfica 20.

Tasa de migración por edad para las poblaciones indígenas por sexo, 1990-2010.
(Por mil)



Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 1990, 2000 y 2010 y el conteo de población de 2005.

En la fase de fisión-reemplazo, los progenitores son aún menos propensos a migrar, pero sus hijos comienzan a dejar el hogar, repitiéndose el ciclo de formación-expansión de nuevas familias. Los movimientos territoriales en las etapas de disolución del hogar y de envejecimiento son de menor monto e intensidad que en las fases anteriores y se asocian fuertemente al retiro de la actividad económica, sea para dejar la vida agitada de las ciudades buscando lugares más tranquilos para pasar los últimos años, sea para reunificarse con los hijos en búsqueda del sostén económico y afectivo del que carecen los adultos mayores (Partida, 2003).

La mayor propensión a migrar en los hombres que en las mujeres, identificada arriba, es evidente en la gráfica 20. Sólo en la infancia, al final del milenio pasado, y en la tercera edad en lo que va del presente, se advierten tasas de inmigración femeninas superiores a las



masculinas. En la emigración, ese patrón se repite hasta 2005, y en el lustro más reciente, si bien más grandes las de mujeres en casi todo el intervalo etario, las masculinas aún las exceden de 20 a 39 años de edad.

En suma, la inmigración y la emigración de los indígenas de Michoacán ha sido más intensa entre los hombres, sólo en años recientes en las salidas se advierte un repunte en las mujeres, patrón predominante en la entidad hasta entrados los años setenta del siglo pasado, y el perfil por edad de sus tasas de migración no difiere sustantivamente de la pauta estatal y nacional. En comparación con la población no indígena, las tasas varoniles de inmigración entre las etnias autóctonas fueron inferiores hasta finales del siglo pasado y las femeniles hasta 2005; y en las de emigración, sólo en el primer quinquenio, en ambos sexos, fueron menores; incluso, la propensión a dejar el estado fue casi 30% mayor en los indígenas que en los no indígenas en 2005-2010. Si bien tan sólo un indicador aislado, la amplitud de la brecha en el lustro más reciente puede indicar que el deterioro en el bienestar de la población del estado se ha acentuado más en la población indígena.

La composición de los hogares indígenas.

Diversos factores se han conjugado, desde hace varios lustros, para que actualmente se advierta una mayor diversidad en el tipo de hogares en nuestro país y, en especial, en la población indígena de Michoacán. Entre los hechos que han favorecido el cambio, se pueden incluir a la postergación de la primera unión, el descenso de la fecundidad y la disolución de uniones consensuales cada vez más frecuente.

La combinación de estos hechos ha propiciado una notable reducción en el tamaño de los hogares indígenas de Michoacán: de 5.7 miembros, en promedio, en 1990 a 5.4 en 1995, 5.2 en 2000, 4.9 en 2005 y 4.7 en 2010.

La inspección de la tipología de los hogares indígenas la hacemos mediante la división tradicional de los arreglos domésticos en familiares y no familiares. Los primeros se clasifican como:

1. *Nucleares.* Pareja sola, una pareja con hijos o persona sin cónyuge con hijos.
2. *Extensos.* Familia nuclear y otros parientes del jefe que los une a él (ella) por lazos de



consanguinidad o afinidad, o bien, el jefe sin hijos pero con otros parientes.

3. *Compuesto*. Familia nuclear con presencia de personas no emparentadas con el jefe y donde puede haber presencia o no de otros parientes del jefe, o bien, un jefe sin hijos con presencia tanto de parientes como de no parientes.

La presencia de empleados domésticos no altera el tipo de hogar, esto es, no convierte a los hogares nucleares o a los extensos en compuestos.

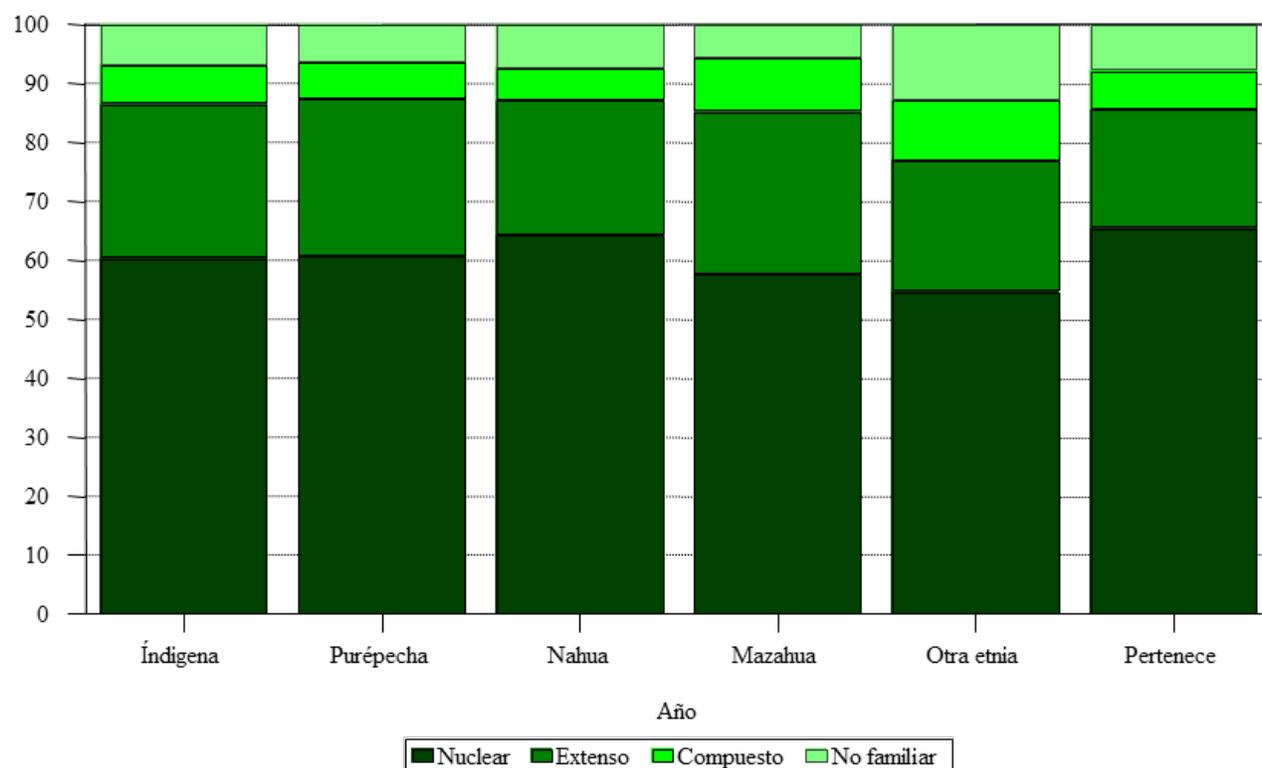
Los no familiares se dividen en *unipersonales*, es decir, personas que viven solas, y *corresidentes*, que se componen de un jefe solo, sin parientes, pero con al menos una persona que no es pariente. No obstante, debido a que vamos a trabajar con la muestra de 12.3% del censo de 2010 y al escaso número de hogares de corresidentes indígenas en la muestra -tanto bajo el criterio del habla como del entendimiento o pertenencia -tomamos al conjunto de hogares no familiares, sin distinguir en unipersonales o corresidentes.

La gráfica 21 da cuenta del reparto de los hogares indígenas según el tipo de arreglo doméstico en 2010. En todas las etnias el hogar nuclear es el más profuso. Cuando se considera sólo la capacidad de hablar la lengua del jefe, cónyuge, ascendentes o colaterales, los nahuas son más propensos a vivir en hogares nucleares, mientras los mazahuas prefieren hacerlo en arreglos extensos y compuestos, quizás por la costumbre de los hijos de permanecer en el hogar paterno aun cuando ya se han unido consensualmente y tienen descendencia.



Gráfica 21.

Michoacán: Distribución porcentual de los hogares indígenas por etnia y tipo de hogar, 2010



Fuente: XIII Censo General de Población 2010.

En las etnias restantes, a las tres más cuantiosas, destaca la alta proporción de hogares no familiares: casi un octavo del total; y la menor fracción en los mazahuas indica que en esa etnia predominan más los vínculos por parentesco y afinidad.

La pérdida de la lengua, pero su comprensión o adscripción, revela una tendencia mayor a los hogares nucleares. Si del total más amplio de hogares indígenas, se descuentan los hogares que son clasificados por el habla, esto es, se retienen sólo los adoptados exclusivamente por entendimiento o pertenencia, que comprenden tres cuartas parte del total, la fracción de nucleares asciende a 67.2% frente a 60.4% cuando únicamente se considera el habla, la proporción de extensos es de 18.0% y 26.2%, respectivamente; igual en los compuestos (6.6%), y 8.2 y 6.9%, respectivamente, los no familiares.

La discrepancia, principalmente fincada en los nucleares y no familiares frente a los extensos, muestra que, si bien conservan sus usos y costumbres, los hogares donde se ha

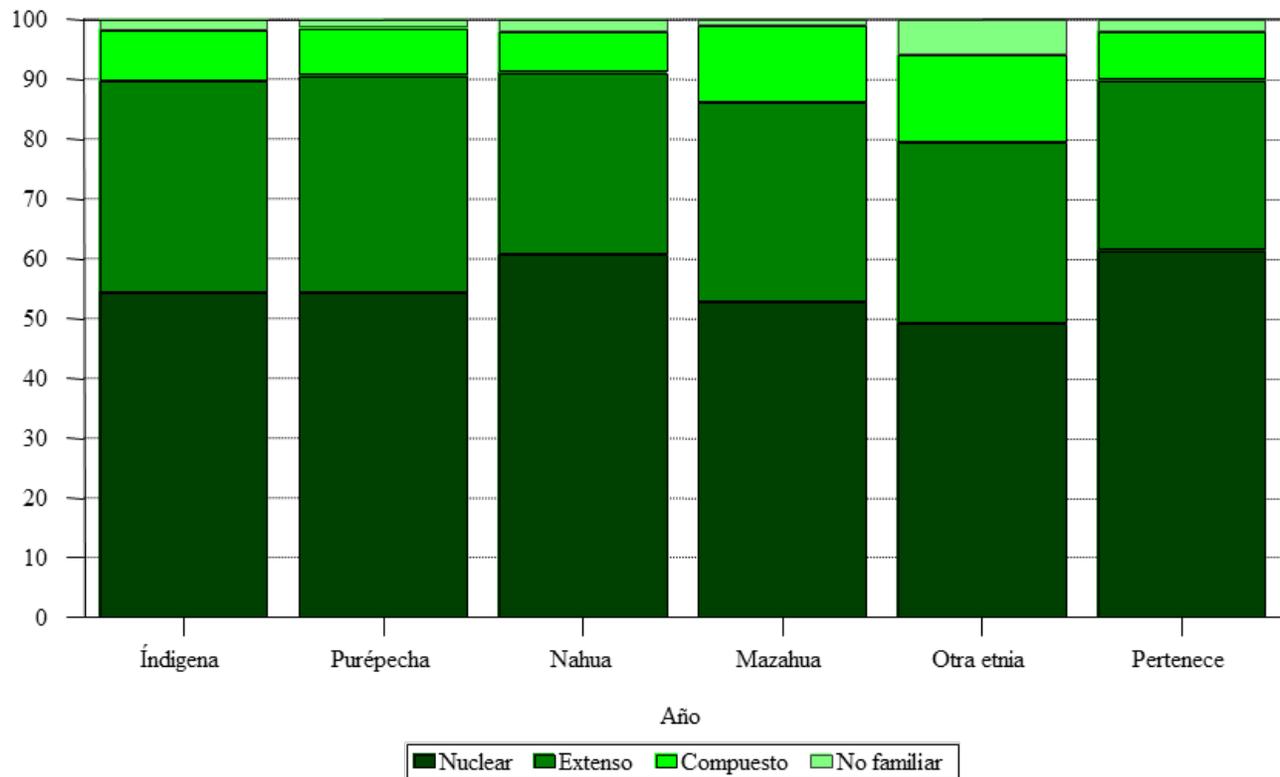


perdido la capacidad de hablar la lengua autóctona se comportan de manera más cercana a la población no indígena, no sólo de Michoacán, sino también del país.

La distribución de la población de acuerdo al tipo de hogar al que pertenecen muestra un patrón algo diferente al reparto de las unidades domésticas, como se puede ver en la gráfica 22. La mayor concentración en hogares extensos y compuestos es lógica, pues cuando convive el núcleo con otros parientes y no parientes, tiende a ser mayor el número de miembros del hogar. Asimismo, la escasez de hogares de corresidentes, deja al total de no familiares representado casi exclusivamente por unipersonales.

Gráfica 22.

Michoacán: Distribución porcentual de la población indígena por etnia y tipo de hogar, 2010.



Fuente: XIII Censo General de Población 2010.

Vinculada a la anterior, se tiene la variación en el tamaño medio de los hogares, como se puede ver en el cuadro 5. Prácticamente en todos los casos los hogares extensos tienen, en promedio, dos miembros más que los nucleares, excepto los mazahuas; y —salvo el criterio más abarcador de habla, entendimiento o pertenencia—, en los compuestos se adicionan 1.5 miembros o más.



Cuadro 5. Michoacán: Promedio de miembros por hogar según etnia y tipo de hogar, 2010

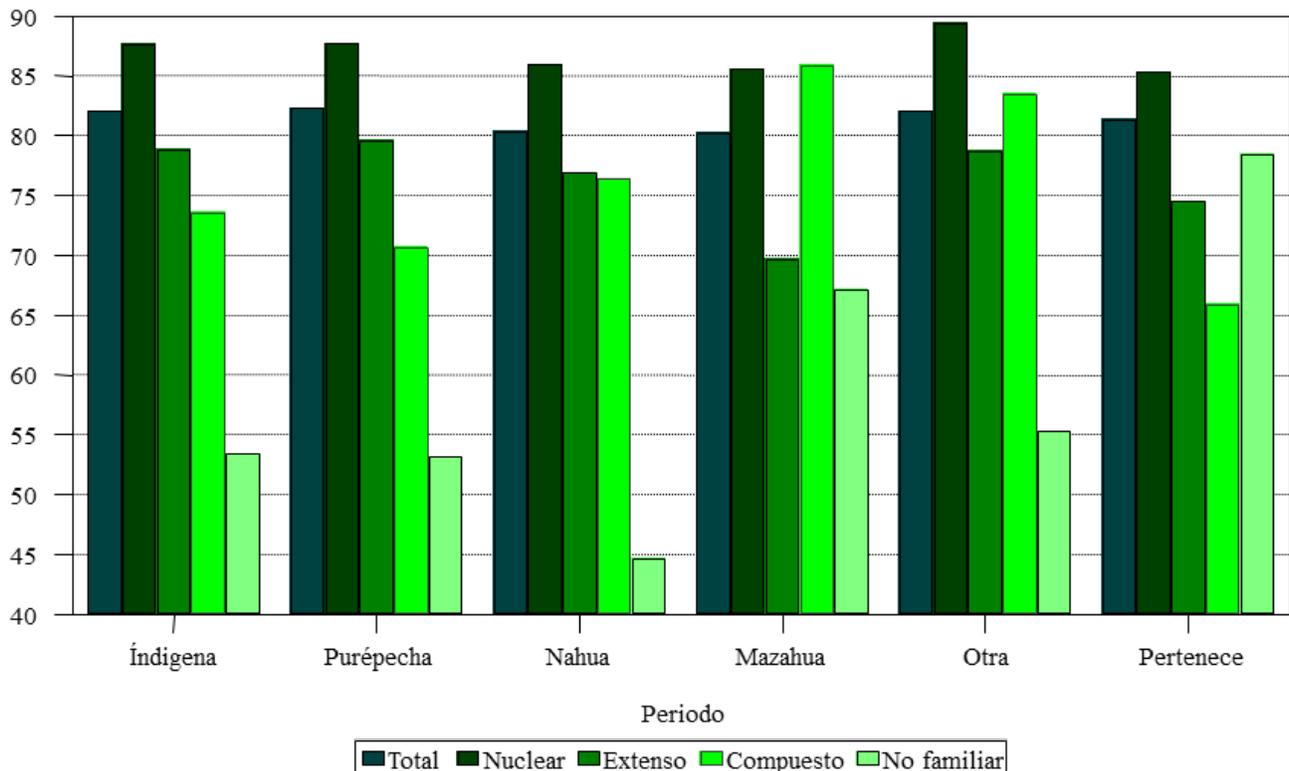
Etnia	Tipo de hogar				
	Total	Nuclear	Extenso	Compuesto	No familiar
Indígena por habla	4.7	4.2	6.3	6.1	1.2
Purépecha	4.6	4.2	6.3	6.0	1.0
Nahua	4.9	4.6	6.6	6.0	1.4
Mazahua	5.1	4.7	6.1	7.1	1.0
Otra etnia	4.4	4.0	6.0	6.3	2.0
Indígena por habla y pertenencia	4.2	3.9	6.0	5.2	1.1

Fuente: XIII Censo General de Población 2010, muestra de 12.6% de las viviendas.

Igual que para el total de la nación, en los hogares indígenas de Michoacán prevalece la ancestral jefatura masculina, como se puede ver en la gráfica 23. La tendencia a disminuir cuando se agregan parientes y no parientes al núcleo indica, generalmente, el reconocimiento de la jefatura al dueño de la vivienda, o bien, a los adultos maduros o mayores, aunque no sean los propietarios, como guías del clan familiar.

Gráfica 23.

Michoacán: Porcentaje de jefes varones por etnia y tipo de hogar, 2010.



Fuente: XIII Censo General de Población 2010.



Destaca el patrón de los hogares no familiares. Por un lado, entre los nahuas, donde es más usual que una mujer lo encabece (55.3%) que un hombre (44.3%); y, por el otro, que cuando se incorpora entendimiento y pertenencia, casi 4 de cada 5 hogares no familiares sea encabezado por un varón; incluso, si se dejan de lados los hogares clasificados sólo por lengua, la proporción aumenta de 78.5 a 85.4%.

Una visión de conjunto del crecimiento demográfico indígena

La conjunción de la fecundidad, la mortalidad y la migración delinean el monto de la población, su estructura por edad y su distribución territorial, como dijimos al inicio de este capítulo. Una vez que hemos inspeccionado la evolución de las variables demográficas, podemos extraer algunas conclusiones del crecimiento poblacional de los indígenas de Michoacán.

La población indígena creció más rápido que la no indígena durante la última década del siglo pasado, a un ritmo medio anual de 1.08% frente a 0.81%; sin embargo, fue más lento en el primer decenio del presente siglo: 0.35 y 0.83%, respectivamente.

El viraje al cambio de milenio se fincó, principalmente, en la participación de la migración internacional: mientras la tasa media anual de pérdida neta con el exterior aumentó en los indígenas de 0.36 a 0.81% del primero al segundo decenios considerados, en los no indígenas se redujo de 1.28 a 0.82%, respectivamente.

El origen de tal cambio se originó principalmente en la inmigración reciente: de 1990 a 2005, aproximadamente 5% de los entrantes al estado procedentes de otros países correspondió a indígenas; en el lustro siguiente se redujo a 2.8%. Asimismo, el flujo inmigratorio aumentó 1.6 veces de 2000-2005 a 2005-2010 entre los indígenas, mientras se acrecentó 2.6 veces en los no indígenas. El notable aumento se debe, presumiblemente, a la fuerte recesión que se vive en Estados Unidos desde 2008, y una parte mayoritaria de esos flujos son mexicanos que regresan del vecino del norte.

En suma, mientras el crecimiento natural (exceso de nacimientos sobre defunciones) se redujo menos en los indígenas (0.28 puntos porcentuales) que en el resto de los habitantes del estado (0.47) al cambio de milenio, la modificación de la pérdida neta, conjunta por movilidad



territorial interna e internacional, fue favorable a los segundos (reducción de 0.49 puntos porcentuales) frente a los primeros (aumento de 0.45).

Hay evidencia empírica suficiente que, en la especie humana, nacen más varones que féminas (51.3 y 48.7%, respectivamente). Asimismo, se acepta que, en igualdad de circunstancias y si se pudieran extraer los factores sociales presentes en la milenaria historia de la humanidad, la mortalidad masculina es mayor a la femenina en todas las edades, o bien, que la supervivencia es superior entre las mujeres que en los hombres.

Cuando disminuyen fecundidad y mortalidad, la estructura por edad tiende a envejecer, por un lado, porque las menores descendencias tienden a reducir la fracción de niños y adolescentes en la población, y, por el otro, porque el alargamiento de la supervivencia hace que haya más adultos jóvenes (30-49 años), maduros (50-59) y mayores (60 años o más), propiciando ambos procesos una mayor presencia de mujeres en el total de la población. La transición demográfica, esto es, el paso de altas tasas de fecundidad y mortalidad sin control a bajas tasas y controladas, conlleva el proceso de envejecimiento de las poblaciones y su feminización.

Las secuencias de pirámides de edades en las gráficas 4 y 5 dan cuenta de una etapa inicial del envejecimiento de los indígenas de Michoacán, en general, y de los purépechas, en particular. No obstante, el freno en la paulatina contracción de la base de las pirámides de 2010 (aproximadamente rectangular de 0 a 14 años de edad) muestra el freno en el descenso de la fecundidad, no sólo nacional y en el estado, sino incluso en los indígenas de Michoacán en el pasado reciente.

La mayor presencia femenina, que bajo el modelo de transición demográfica delineamos arriba, no se cumple cabalmente entre la población indígena de Michoacán, como se puede ver en el cuadro 6. La predominancia femenina se advierte tanto entre el total de hablantes como en la población indígena, aunque en menor proporción que para el total del estado.



Cuadro 6. Michoacán: Población que habla lengua indígena o pertenece a una cultura autóctona por sexo, 1990-201

<i>Lengua o pertenencia</i>	Personal					Hogares				
	1990	1995	2000	2005	2010	1990	1995	2000	2005	2010
Hombres										
Michoacán	1 806 054	1 914 721	1 946 200	1 949 320	2 120 970	1 806 054	1 914 721	1 946 200	1 949 320	2 120 970
Habla lengua indígena	54 704	53 873	60 040	56 378	68 765	89 907	82 468	97 932	89 459	102 570
Purépecha	44 818	49 015	53 485	47 600	56 555	70 034	72 590	83 691	70 707	80 972
Náhuatl	1 577	1 489	2 536	2 234	4 742	2 706	2 247	4 205	3 374	7 741
Mazahua	1 490	1 878	2 112	1 688	2 639	3 812	4 695	5 481	4 713	5 334
Otomí	296	336	369	258	330	935	932	1 191	735	847
Otra lengua	6 523	1 155	1 538	4 598	4 499	12 420	2 004	3 364	9 930	7 676
Monolingües	6 044	3 002	7 063	3 580	8 159					
Bilingües	48 660	50 871	52 977	52 798	60 606					
Pertenece a una cultura indígena			25 406		214 693			31 257		264 514
Mujeres										
Michoacán	1 918 775	2 033 939	2 103 358	2 122 655	2 264 199	1 918 775	2 033 939	2 103 358	2 122 655	2 264 199
Habla lengua indígena	56 743	56 680	65 094	61 156	74 028	94 868	89 304	106 711	97 153	108 851
Purépecha	47 081	51 929	58 808	53 113	62 306	74 505	78 967	92 403	78 531	88 297
Náhuatl	1 378	1 354	2 298	1 927	4 557	2 622	2 222	4 139	3 096	7 001
Mazahua	1 688	2 097	2 352	1 915	2 868	3 892	4 999	5 702	4 913	5 944
Otomí	283	307	387	240	271	992	990	1 318	754	671
Otra lengua	6 313	993	1 249	3 961	4 026	12 857	2 126	3 149	9 859	6 938
Monolingües	11 065	4 926	11 774	6 769	10 571					
Bilingües	45 678	51 754	53 320	54 387	63 457					
Pertenece a una cultura indígena			27 695		231 219			33 034		280 816
Porcentaje de mujeres										
Michoacán	51.5	51.5	51.9	52.1	51.6	51.5	51.5	51.9	52.1	51.6
Habla lengua indígena	50.9	51.3	52.0	52.0	51.8	51.3	52.0	52.1	52.1	51.5
Purépecha	51.2	51.4	52.4	52.7	52.4	51.5	52.1	52.5	52.6	52.2
Náhuatl	46.6	47.6	47.5	46.3	49.0	49.2	49.7	49.6	47.9	47.5
Mazahua	53.1	52.8	52.7	53.2	52.1	50.5	51.6	51.0	51.0	52.7
Otomí	48.9	47.7	51.2	48.2	45.1	51.5	51.5	52.5	50.6	44.2
Otra lengua	49.2	46.2	44.8	46.3	47.2	50.9	51.5	48.3	49.8	47.5
Monolingües	64.7	62.1	62.5	65.4	56.4					
Bilingües	48.4	50.4	50.2	50.7	51.1					
Pertenece a una cultura indígena			52.2		51.9			51.4		51.5

Fuente: Elaboración propia con base en los censos de población de 1990, 2000 y 2010, los conteos de población de 1995 y 2005 y estimaciones de Smede (2011).



Los casos donde se aprecia una menor presencia de mujeres son los hablantes de náhuatl, otomí e idiomas distintos a las cuatro más frecuentes, en las cinco fechas excepto en 2000 en quienes hablan otomí; pero el patrón sólo se mantiene entre los nahuas cuando se refiere a los miembros de hogares indígenas, y durante el siglo actual en las “otras etnias”.

Los contrastes entre las distribuciones por sexo se deben, por un lado, a la distinta incidencia de la migración, y, por el otro, a que el ser poblaciones no muy numerosas, los principios demográficos no se cumplen cabalmente.

Llama la atención la desigualdad de género ante la oportunidad de haber aprendido el español, pues mientras entre los bilingües el reparto es equitativo, entre quienes no hablan o entienden el castellano es notable la mayor proporción de mujeres.

Si bien los pueblos indígenas están en su derecho de mantener tradiciones, usos, costumbres y la lengua que les heredaron sus antepasados, también deben ser participes de los beneficios del desarrollo y la modernización, lo cual no se puede lograr, si no se inicia por inculcarles el aprendizaje del castellano.



Bibliografía

Corona, Rodolfo y Rodolfo Tuirán, 2001, "Tamaño de la población indígena mexicana" en *La población de México en el nuevo siglo*. México, Consejo Nacional de Población, pp. 165-179.

Fernández, Patricia, 1999, "La población indígena: principales grupos etnolingüísticos" en *Situación demográfica de México 1998*. México, Consejo Nacional de Población, pp. 115-126.

Fernández, Patricia, Juan E. García y Diana Ávila, 2002, "Estimaciones de la población indígena en México" en *Situación demográfica de México 2002*. México, Consejo Nacional de Población, pp. 169-182.

Partida, Virgilio, 2003, "Migración en la vejez y reunificación familiar" en *Situación demográfica de México 2003*. México, Consejo Nacional de Población, pp. 117-131.

_____, 2005, *Proyecciones de indígenas de México y de las entidades federativas 2000-2010*. México, Consejo Nacional de Población.

Partida, Virgilio y Patricio Solís, 1998, "La población indígena" en *La situación demográfica de México, 1997*, México, Consejo Nacional de Población, pp. 73-81.

Rubio, Miguel A. et al., 2000, "Desarrollo, marginalidad y migración" (en) Carlos Zolla y Miguel A. Rubio, *Estado del desarrollo y social de los pueblos indígenas de México. Primer informe. Tomo 1*. INI-PNUD, México, Instituto Nacional Indigenista y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, pp. 281-354.

Schmertmann, Carl P., 1999, "Fertility estimation from open birth-interval data". *Demography*, Vol. 36, No. 4, pp. 505-519

Sen, Amartya, 1995, "Mortality as an indicator of economic success and failure", discurso ofrecido en la conferencia *Demography and Poverty*, UNICEF-IUSSP, Florencia 3 de marzo de 1995.

Sociedad Mexicana de Demografía (Somedé), 2011, *Conciliación demográfica de México y entidades federativas 1990-2010*, ms; México, Sociedad Mexicana de Demografía.

United Nations, 1983, *Manual X. Indirect techniques for demographic estimation*. New York, United Nations. (ST /ESA /SER.A181)

Valdés, Luz María, 1989, *El perfil demográfico de los indios mexicanos. Siglo XXI*, Coordinación de Humanidades, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología y Sociología, México Siglo XXI, UNAM-CIESAS.

